

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA

VOL. I
MEMORIAS Y CUADERNOS DE JUVENTUD

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA
(1939-1994)

VOL. I

MEMORIAS Y CUADERNOS DE JUVENTUD

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES



EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4234

Nombres: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994, autor.
| Fonseca Ramírez, Ana Lucía, editora. | Jiménez Matarrita, Alexander, editor.
Título: Roberto Murillo Z., obra selecta (1939-1994) /
Ana Lucía Fonseca Ramírez, Alexander Jiménez Matarrita, editores.
Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025.
| Contenido: Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud –
Volumen II. Artículos periodísticos – Volumen III. Ensayos sobre obras literarias –
Volumen IV. Ensayos sobre filosofía.

Identificadores: ISBN 978-9968-02-231-6 (obra completa : rústico)
| ISBN 978-9968-02-232-3 (vol. I : rústico)
| ISBN 978-9968-02-233-0 (vol. II : rústico)
| ISBN 978-9968-02-234-7 (vol. III : rústico)
| ISBN 978-9968-02-235-4 (vol. IV : rústico)

Materias: LCSH: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994.
| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Colecciones de escritos.
| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Pensamiento filosófico.
| LEMB: Filosofía costarricense – Ensayos, conferencias, etc.
| Filosofía – Ensayos, conferencias, etc.
Clasificación: CDD 199.728.6–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2025.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

| | |
|--|----|
| La obra de un maestro | 11 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R. y Alexander Jiménez M.</i> | |
| El maestro | 11 |
| Su escritura | 12 |
| Sobre esta obra selecta | 13 |
| | |
| Entre manuscritos y aires de altura | 15 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R.</i> | |

Memorias

| | |
|---|----|
| Yo | 21 |
| Madre | 24 |
| El telegrafista | 27 |
| Oficina telegráfica de La Uruca | 30 |
| Reminiscencias | 32 |
| Un recuerdo de Santo Domingo de Heredia | 36 |
| Villa Colón, a mitad del siglo | 38 |
| Aquel viaje a Guatemala | 40 |
| Memorias escolares | 43 |
| Memorias de un colegial | 54 |
| Mis lecturas del <i>Quijote</i> | 57 |
| Veladas | 60 |
| Los círculos de estudios | 63 |
| El Círculo de Cartago | 66 |

| | |
|---|----|
| Mis Estudios Generales | 70 |
| Memorias francesas | 73 |
| El Puente de Los Vosgos | 76 |
| Hace treinta años | 79 |
| Los cuarenta años | 81 |
| Desde el hospital | 84 |
| Memorias de un profesor universitario | 86 |
| Roberto Murillo: cita con su obra a 20 años de su partida | 89 |
| <i>María del Rocío Murillo Valverde</i> | |

Cuadernos de juventud

| | |
|--|-----|
| Vivencias y lugares | 97 |
| La vocación y el milagro | 99 |
| Francia y Alemania (desde Estrasburgo) | 100 |
| Más sobre Francia y Alemania | 102 |
| Vocación filosófica y crisis | 104 |
| Mi falta de contemporaneidad | 104 |
| Meditaciones avilesas | 105 |
| Arquetipos de la vida privada | 105 |
| Toledo y el carácter español | 107 |
| <i>À la recherche de moi-même, dans la nostalgie de l'épanouissement</i> | 108 |
| Presencia y venganza | 109 |
| La sensación indefinible | 109 |
| Mi filosofía (I) | 110 |
| Mi filosofía (II) | 111 |
| Consagración a Apolo y Deméter | 112 |
| Adviento | 113 |
| Retrospectiva | 114 |
| A Sirio | 115 |
| Imágenes | 116 |

| | |
|---|------------|
| Otra vez la altura | 117 |
| Los pinos de Santa María | 117 |
| Ética y forma | 120 |
| Otro año en Santa María | 121 |
| El sentido del paisaje cartaginés | 122 |
| Miscelánea filosófica | 127 |
| Una “infilosofía” | 129 |
| La seriedad filosófica | 129 |
| Lógica y filosofía analítica | 131 |
| Sobre Descartes | 132 |
| Sartre es cartesiano | 133 |
| Sobre el dualismo epistemológico | 133 |
| Para una carta abierta a un estudiante de filosofía | 134 |
| Panteísmo | 134 |
| Camino de la sabiduría | 135 |
| Filosofía y ciencia | 135 |
| La vida y los sueños | 136 |
| Esbozo de una concepción del mundo | 136 |
| Pensamientos en otro aniversario | 138 |
| Lógica, matemática y ciencia | 139 |
| El suicidio y la alternativa ontológica (sobre Kirilov) | 140 |
| El argumento ontológico | 143 |
| Finitud e infinitud | 144 |
| Spengler y la “revolución copernicana” | 144 |
| La construcción en geometría | 145 |
| Baja Edad Media y tiempos actuales | 146 |
| Sobre <i>Las moscas</i> de Sartre | 147 |
| Lo empírico y lo trascendental (conservadores y progresistas) | 148 |
| De nuevo sobre el argumento ontológico (en torno a Kant y Machado) .. | 149 |

| | |
|---|-----|
| Dialéctica del señor y del esclavo | 151 |
| Apuntes sobre Nietzsche | 154 |
| Apuntes sobre Bergson | 155 |
| La ciencia y la técnica | 157 |
| Sobre el instante y el retorno | 158 |
| Nuevos apuntes sobre el concepto del eterno retorno | 161 |
| Gusdorf y la idea de la universidad | 163 |
| Camus y la idea de la libertad | 165 |
| Principio epistemológico | 168 |
| Los peligros del metalenguaje | 169 |
| El éxtasis místico | 171 |
| Cinismo sociológico | 171 |
| Las paradojas del lenguaje | 171 |
| Jorge Luis Borges y los espejos | 172 |

La obra de un maestro

Ana Lucía Fonseca R.
Alexander Jiménez M.

El maestro

Hay quienes pretenden aprender filosofía rumiando libros en el rincón de una biblioteca: quizás lo logren... Al menos se asomarán a la historia de la filosofía o a lo que de esa historia ha quedado registrado. La generación de estudiantes formada por Roberto Murillo aprendió en los libros, sí; pero fundamentalmente aprendió en sus lecciones “conversadas” en el aula y fuera de ella, filosofando al lado de nuestro maestro con seriedad y con humor.

Él conocía muy bien el mapa de múltiples recorridos filosóficos, pero hacía su propio camino. Nunca fue seguidor cautivo de escuela filosófica alguna, aunque tenía sus preferencias: dedicó estudios y seminarios inolvidables a Platón, Kant, Nietzsche, Bergson, con un poder de síntesis a la vez erudita e imaginativa.

Por eso, las palabras con las que Alain Vieillard-Baron caracterizó a Blas Pascal pueden ser aplicadas también al fondo existencial, humano y filosófico de Roberto Murillo. Para Vieillard-Baron, Pascal “tenía una lucidez clásica en la inteligencia y un arrobamiento barroco en el corazón” (“Pascal y su tiempo”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. III, n.º 12, 1962); también Roberto Murillo, pues en él se conjugaron una inteligencia poderosa, con vocación universal de geómetra, y una sensibilidad profunda, inquieta, pero a la vez intimista. No escribió su

obra en línea recta: en ella disfrutamos de los recodos, juega con la brisa de altura, desconcierta con ires y venires, “porque el camino de ida no es el mismo que el de vuelta”, como le gustaba decir.

Y si una imagen acompañó al maestro, aun en sus obras filosóficas más densas, es la del péndulo entre la tentación del ontologismo y la contingencia “del oscuro rincón que piensa”, entre el culto a las ideas platónicas y un inevitable “sentimiento de distancia”; en suma, entre la tentación del argumento ontológico, complaciente con la identidad del ser y el pensar, y el humano descreimiento escéptico, que opta por seguir viendo o buscando, antes que anclarse en un terreno seguro.

Su escritura

Roberto Murillo aporta a la institucionalidad filosófica costarricense una forma de pensar y de escribir a mitad de camino entre la cita erudita y densa y la metáfora bella y sugerente. Unas y otras están siempre presentes en sus textos más profesionales y en sus trabajos divulgativos. En ellos nunca hay solo ideas ni solo metáforas. Tratándose de un tipo de pensar imaginativo, es preciso la concurrencia de ambos recursos.

En relación con su escritura filosófica, cabe hacer una distinción entre la forma efectiva de escritura y sus reflexiones acerca de lo que esta debía ser. Aunque suelen coincidir, no siempre nuestro autor logra dar cumplimiento a su voluntad de escribir como si estuviera en medio de una conversación educada. Hay momentos en los cuales sus textos alcanzan una densidad y una complejidad técnica que los puede alejar de un lector o –para seguir su propia metáfora– de un “conversador educado” común.

Roberto Murillo insistía en la pertinencia de un tipo de escritura que no cayera en la tentación de la lejanía técnica, erudita o solemne. En su libro *Segundas estancias*, del año 1990, recuerda una cierta norma de elegancia: no hacer nunca visibles los esfuerzos, presentar lo difícil como fácil. Aquí podemos percibir una inclinación a pensar la escritura como un trabajo de traducción. En ese mismo libro hay un artículo titulado “Un elogio de la filosofía”, en el que se refiere al helenista Cornford, quien confesaba haber

intentado seguir la costumbre platónica de atenerse al lenguaje usual de la conversación educada y de evitar que cualquier palabra se convirtiera en un término técnico. También menciona a su querido Antonio Machado, para quien la retórica del buen decir debía estar al servicio de un correcto pensar.

Todo esto revela que apreciaba una forma de pensar y de escribir, de comunicarse filosóficamente, alejada de la jerga erudita, distante y falsamente solemne de las sectas filosóficas. Este aprecio se expresa en su voluntad de escribir de una manera clara, aguda, bella y sugerente. De ello hay numerosas muestras en sus ensayos filosóficos y en sus artículos periodísticos. Había en él un deseo de elaborar explicaciones redondas y de huir de un tono pesado y técnico. Antes bien, nos propone una escritura sugerente que logra llevar al lector a otra cosa detrás de lo que se está diciendo. Su capacidad de evocación permitía percibir al mismo tiempo un mundo y la otra cara de ese mundo.

Quizá en un sentido particular no pueda decirse que salía al mundo en busca de aventuras que implicaran poner en riesgo la vida, los bienes y la honra con el fin de deshacer entuertos, como era el caso de don Quijote. Pero en otro sentido resulta claro que era un aventurero y no el típico filósofo de escritorio o de salón, temeroso de encontrarse con el mundo. Ya desde su infancia fue un niño errabundo a quien los viajes imaginarios le eran especialmente queridos. Viajero de trenes y tranvías, decía haber hecho más viajes imaginarios que reales. Y sus viajes reales eran enriquecidos al ser luego elaborados por la criba de la imaginación. Como don Quijote, Roberto Murillo fue un niño que leía y no siempre sabía discernir los límites entre sus imaginaciones literarias y su vida en este mundo. Este desconocimiento infantil fue un adelanto de lo que luego aprendería con Parménides: lo mismo son el pensar y el ser. Pero, como ya mencionamos antes, no se quedó deslumbrado por el ontologismo, pues también aprendió de Heráclito que nadie se baña dos veces en el mismo río... y quizá ni siquiera una, como decía entre risas y algo de nostalgia.

Sobre esta obra selecta

Entre los años 2015 y 2018, la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica financió un proyecto de recopilación y edición de la obra

de Roberto Murillo, donde participamos como investigadores. El resultado de nuestro trabajo se ofrece ahora en cuatro volúmenes, con una división temática, a saber:

Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud. Excepción hecha de unos pocos textos, los de este volumen son inéditos, recogidos de cuadernos manuscritos que abundan en el archivo personal del autor.

Volumen II. Artículos periodísticos. Aquí se agrupa la mayoría de sus artículos periodísticos sobre paisajes y pueblos, personajes de la historia y de la filosofía, problemas filosóficos, educación y sentido de la universidad, para cerrar con una incisiva crítica a la política nacional y la vida pública.

Volumen III. Ensayos sobre obras literarias. Presenta dos obras ya publicadas: *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico* (Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, 1975) y *Tres ensayos sobre el Quijote* (1993).

Volumen IV. Ensayos sobre filosofía. Reúne dos ensayos, también ya publicados, sobre asuntos propiamente filosóficos: *Tres temas de filosofía* (1982) y *La forma y la diferencia* (1987). Esta última fue reconocida con el Premio Jorge Volio del Colegio de Licenciados y Profesores (1991).

Mientras los dos primeros volúmenes se dirigen a un público general, el volumen III y el volumen IV apuntan a un público con intereses más específicos en relación con la filosofía, la historia de la ciencia y la literatura.

Entre manuscritos y aires de altura

Ana Lucía Fonseca R.

Este primer volumen de la obra selecta de Roberto Murillo se compone de *Memorias* y de *Cuadernos de juventud*.

Las memorias estaban desperdigadas entre apuntes manuscritos y artículos periodísticos. Aquí se presentan reunidas en una cronología donde se mezclan sus reminiscencias de infancia, su vida trashumante en distintos pueblos del Valle Central costarricense, la fascinación por las raíces del conocimiento, el culto pagano al aire de altura de las montañas de Santa María de Dota, la historia oculta de las ciudades y el sueño, casi obsesivo, de asumir la irresoluble alternativa ontológica entre el ser y la nada desde la finitud humana.

La segunda parte, titulada *Cuadernos de juventud*, es una selección de textos, transcritos a partir de cuadernos llenos de reflexiones escritas de puño y letra del autor, entre 1965 y 1977. Letra pequeña y cuidadosa, impecable redacción y un abanico de intereses que va desde el argumento ontológico hasta las preocupaciones por el suicidio filosófico de Kirilov, pasando por sus entrañables autores: Platón, Nietzsche, Kant, Bergson, Antonio Machado... Son atisbos filosóficos de juventud que, combinados con vivencias y lugares, empiezan a mostrar la intuición fundamental de Roberto Murillo, como se cita en el epígrafe que abre estos cuadernos: “lo mismo es el origen, la inmersión, la emergencia. No hay el Ser o la Nada, ni el Gran Pleno o el Gran Cero, sino el círculo, ¡sin solución histórica!”.

Al leer estas *Memorias* y estos *Cuadernos de juventud*, seremos testigos de la precoz madurez y la nostalgia creadora de quien llegó a ser un maestro de filosofía, demasiado joven entonces para ser tan viejo en reflexión; un maestro que supo formar a sus estudiantes sacando a pasear las ideas por los senderos provincianos.

Memorias

Estas prosas definen los lugares de mi vida modesta y extrañamente ennoblecida. Homero o Sófocles me son tan entrañables como Kant y Platón o, desde otro punto de vista, como el Valle de Santa María.

ROBERTO MURILLO

Yo

18 de enero de 1976

A Ángela

Kant comienza su *Crítica de la razón pura* con un texto de Bacon de Verulamio, cuya primera frase dice en latín: *De nobis ipsis silemus* (“Respecto a nosotros mismos, nos callamos”). Casi ocho años de escribir en la página 15 de *La Nación* me servirán de disculpa para desobedecer el precepto de esos filósofos de la ciencia y presentarme al lector, valga la paradoja, como creo que objetivamente soy.

Mi memoria se pierde en los tranvías de la infancia, niño josefino que iba habitando diversos pueblos de la meseta, eludiendo la escuela primaria, leyendo hermosos libros de texto, inventando la geografía y la historia de continentes imaginarios, hasta anclar en Cartago, para estudiar en el Colegio San Luis Gonzaga, una de mis muchas quimeras. Desde niño, sentí que la libertad es el valor más alto que el hombre puede apreciar.

Durante mi educación secundaria tuve una emoción frente a las materias que todavía se enseñaban con rigor mental y disciplina pedagógica, solo comparable a mi entusiasmo por la naturaleza y a la intensidad de mi primer amor platónico, del que he encontrado un sorprendente parecido en la Lilliam Edwards de un poema de Paco Amighetti.

Soñé una ciudad de Cartago que en realidad no existía, y el breve tiempo que fui profesor de mi colegio, y miembro de su gobierno autónomo, fue sacándome de mi error, como cuando don Quijote descubrió que la venta era venta, y no castillo. Aprendí a admirar a Mario Sancho leyendo su

prosa adusta y nostálgica, detrás de la niebla y de los cipreses. Desde mi adolescencia, profeso un culto pagano por el valle de Cartago.

Además de mis primeros amores, que se transfiguran en la lejanía, tengo un espacio reflexivo y cordial para el círculo de estudios en que estuve durante diez años, participativo e interdisciplinario antes del sectarismo cultural de los últimos tiempos.

Entré en la Universidad con ánimo de estudiar ingeniería, opté después por las “ciencias exactas” y finalmente por la filosofía. Si fuera cuestión de opción y no de gracia, me inclinaría más por la poesía que por la filosofía, pero me parece que ambas son en el fondo lo mismo, expresado en diferentes registros. En publicaciones anteriores he dicho mi agradecimiento a la Reforma Universitaria de Rodrigo Facio (1956), que me orientó en la escala platónica de mi vocación y que a muchos nos ayudó a vivir como seres civilizados. Para conciliar la vocación dominante con la recesiva, me he dedicado con algún énfasis a la teoría de la ciencia y de la técnica, un poco en la dirección de mi lejano maestro Roberto Saumells, quien me lanzó hace dos años un enorme reto intelectual. Como no comulgo con el neopositivismo, el pragmatismo ni el sociologismo, marxista o no marxista, corrientes que se reparten hoy el espacio académico oficial, hago casa aparte, enseño lo que quiero y sigo teniendo discípulos.

No siendo la política mi pasión principal, no me ajusto al huraño individualismo del enmontañado. Ambas cosas me hacen sentir extraño en mi propia patria, así como mi disgusto por el regateo. Quisiera, sí, una democracia liberal capaz de garantizar a los ciudadanos un nivel mínimo de bienestar y amplias posibilidades en el libre desarrollo de su personalidad. Durante un largo período de mi vida, sentí una especie de obligación cívica en ayudar a promover una educación seria, diversificada y extendida a amplios sectores de la población, con sentido humanista. Hoy sé que eso es remar contra viento y marea, seguro camino de frustración y olvido. La virtud contra el curso del mundo, decía Hegel. Creo más en el trabajo personal –o interpersonal– de investigación y docencia, aunque admiro y compadezco a los pocos que luchan por una obra educativa digna de Occidente. Mi peor experiencia en este sentido fue mi participación en la Comisión Organizadora de la Universidad Nacional.

Estuve en Francia dos años y medio, preparando una tesis doctoral bajo la dirección de Georges Gusdorf, en la Universidad de Estrasburgo. Aprecié las conversaciones con compañeros y las lecturas libres, así como el andar y ver, tanto o más que los estudios formales. Después de mi examen de grado, se me otorgó la más alta mención y la homologación de mi tesis a la complementaria del doctorado de Estado. Gusdorf me dijo entonces que ese no era un regalo. Son satisfacciones que uno debe olvidar para seguir trabajando.

Mis dos tesis –dos monografías sobre el filósofo francés Henri Bergson– se han publicado porque otras personas las han considerado dignas de publicación. He dirigido seminarios doctorales sobre Kant, Hegel y Nietzsche. Mi autor preferido es Antonio Machado, sobre cuyo pensamiento filosófico he escrito un ensayo, publicado por la Editorial Fernández-Arce. Intento realizar un ambicioso estudio sobre el problema de la continuidad, pero no sé si la voluntad de subdesarrollo que hoy cunde me permitirá llevarlo a su fin.

Me he aventurado, animado por amigos que conocen este campo, en el terreno de las prosas poéticas, subjetivamente esenciales para mí. Estas prosas definen los lugares de mi vida modesta y extrañamente ennoblecida. Homero o Sófocles me son tan entrañables como Kant y Platón o, desde otro punto de vista, como el Valle de Santa María.

La amistad y la conversación serena y abierta están entre mis mayores placeres, sobre todo cuando en ellas se da el sentido del humor y tantas cosas se dicen entre líneas. Admiro a los que saben tomarse a sí mismos en broma, en el tanto en que es justo. Las ocurrencias burocráticas, con la ayuda del espíritu de Kafka, no se me quedan en angustia, sino que se mimetizan en diversión y juego. He terminado por disfrutar así la universidad politizada.

Como dice una expresión alemana, yo no soy un libro, sino un hombre con su contradicción. Pero una contradicción no está en nosotros para servirnos de disculpa, sino para examinar sus sobreentendidos y encontrar sus premisas. Siento aversión por los que se valen de la contradicción –o, aún peor, de una congruencia ciega y unilateral– para disfrutar del poder por el poder mismo. Respeto a los que buscan, más allá del poder o a pesar del poder, una forma armónica de vivir y de convivir con su finitud.

No soy tan viejo ni tan sabio como me pintó el licenciado Enrique Benavides en su columna del 12 de enero.

Madre¹

18 de mayo de 1994

Sus caminos. Era una niña curiosa, emocionada por los pueblecillos y por los cuentos contados al ritmo de las carretas. Sus temores se desvanecían con el encanto de las palabras. Si a medias creía que un día del año (24 de agosto, San Bartolomé) un espíritu podía empujarla desde un puente sin baranda, su placer mayor era bañarse en el río Torres o en el Purral, en un inocente verano ya perdido, sin hacer caso de los duendes. Caminar por los cafetales durante la cogida de café, o por los caminos verdes unas veces, polvorientos otras, hacia la procesión de San Pedro o la de Guadalupe... Ese caminar con sus amigos, asustadizo y risueño, no parece haber terminado todavía; ni aun ahora que ya descansa sin fin. Sus viejos y pobres zapatillos son como los de Van Gogh, según Heidegger: “por debajo de las plantillas se extiende la soledad del camino campesino que se pierde en la noche. A través de esos zapatos pasa el llamado silencioso de la tierra, su don secreto del grano que madura”. Con ellos sube la cuesta de Aserrí hacia Tarbaca, al paso de los bueyes, ante el azul inmóvil de las montañas.

El Colegio de Señoritas, 1915. Una muchacha escucha las lecciones, no con atención, sino con devoción, no importa si ya ha caminado 5 km evitando el lodo, sufriendo el viento, venciendo el temor. Más de medio siglo

1 Digno de ser notado es que este artículo, publicado en el periódico *La Nación* en la fecha señalada, fue uno de los últimos que escribió el autor. Originalmente lo hizo en letra manuscrita, en su último cuaderno de Reflexiones.

después, en el claroscuro de conciencia adormecida por la proximidad de su muerte apacible, no terminaba de evocar a sus maestros, ni de agradecer a los grandes escritores de sus libros más queridos. Recién llegado de Francia, decía, don Clorito Picado nos explicaba zoología y botánica con sencillez y bondad; don Ramón Matías Quesada, cartaginés muy caballero, castellano y literatura; don Fidel Tristán, el director del colegio, física; don Miguelito Obregón, historia; don José Joaquín Vargas Calvo, música. No pudo terminar el bachillerato porque tuvo que acompañar a su madre hasta el río Jorco, al otro lado de las montañas, para cambiar costura por arroz, frijoles, huevos, o por una tapa de dulce: la crisis del tiempo de los Tinoco y de la Primera Guerra Mundial.

Sus lecturas. ¡Cómo le gustaba la historia, y más aún las historias, a esta muchacha que, sin embargo, se fue instalando lenta y sencillamente en la eternidad! Quizá de sus lecturas románticas, a medida que iba enamorándose del amor y de sus quimeras, aprendió un culto por la naturaleza que no era, entonces, ni aun ahora, lo más natural. Los caminos y los puentecillos, las colinas y los recodos, el reloj de una torre lejana, todo se le presentaba bañado por una leve nostalgia, esfumado por el espesor del tiempo. Aprendió lo que quiso luego comunicar a su hijo único, yendo en el tranvía por el laguito de Tournón o subiendo el Alto de Ochomogo en aquellos trenes de negra locomotora, que todavía con chimenea resoplaban y lanzaban al aire una melancólica despedida.

Su viaje. Foto elegante, con la moda de los últimos veintes, la de su pasaporte para ir a los Estados Unidos. En tren, hasta Limón. En el barco de la *United*, hasta Colón. En tren, hasta Panamá, para tomar ahí el barco que, viniendo de California, atravesaría el Canal con todo el lento ritual de las esclusas. Luego el Caribe, una escala en La Habana, al fin Nueva York. Trabajo muy duro, el de un taller de costura de rígida disciplina judía. Otro mucho más agradable, en el campo, en las afueras de Richwood, Estado de Nueva Jersey, donde acompañó a una hermana de Magón durante el viaje de su marido a Europa. Otra vez el verdor del campo después de las nieves. Sus impresiones de la enorme ciudad, un poquito como las de García Lorca en *Poeta en Nueva York*, fuera de un gran gusto por Riverside Avenue y por las orillas del Hudson.

Su boda. Regreso a Costa Rica en el momento de la gran crisis mundial. Amistad con las muchachas en cuyas casas trabajaba cosiendo. Con frecuencia, suspensión de la costura para leer a Dumas o a Víctor Hugo. Habría podido decir ella, como Darío: “¡Quién que es, no es romántico!”. Y luego, paciencia: su novio, el telegrafista, peligrosamente aficionado a la política belicosa, había perdido el puesto por participar en el levantamiento del Cuartel Bella Vista, en 1932. Por eso hubo que esperar hasta el 36 para la boda.

Su hijo. Su hijo único, nacido en el 39, recuerda su actitud de señora mayor, dispuesta siempre a “darle vuelta al magín”, citando frases del *Quijote*, caracterizando a los pueblos y a las personas, con un dejo de suave pero infaltable ironía. Su hijo así amamantado nunca pudo entender a la gente indiferente, para la que todos los gatos son pardos. Si tierra hubiera tenido, aquella señora la habría vendido para comprar libros y viajar en tren, conversando con su “chico” como si fuera un adulto y con su sobrina y ahijada. Por eso, pienso que estos nunca entendieron la importancia del “status” ni el amor al dinero. Por eso, la muchacha de los cansados zapatos del sendero campesino fue pronto tan profundamente ajena a la Costa Rica de hoy, como quien llega a hablar otro idioma y se distancia cortésmente de sus prójimos.

Cuando su hijo fue estudiante en el Colegio San Luis Gonzaga y luego en la Universidad, el año de la reforma de Rodrigo Facio (parece que habláramos de otro milenio), compartió con ella las lecturas y las conferencias de los sabios maestros. Nunca conoció, para su gran dicha, la subcultura de muladar de quienes todo lo valioso lo han lanzado por la borda: todo, menos ellos, que de seguro son lo más valioso.

En su pequeña casa. La vieja señora lee en la mecedora en su casita de Ochomogo, modesta, bien construida, llena de pequeños signos de inteligencia; lee mientras contempla las filas de cipreses y el avance de la niebla. A veces, pasea en sueños por la Sabanilla de 1910 o por las orillas del Río Grande de Candelaria. Viuda, espera tranquilamente su fin repitiendo algo que su esposo repetía: “La muerte, ni la temo ni la busco”.

Doña Auristela Zamora de Murillo descansó en la paz del Señor en noviembre de 1990.

El telegrafista

14 de enero de 1981

A la memoria de mi padre

Después de la historia política, la ciencia histórica ha vuelto sus ojos, en nuestro medio, hacia las explicaciones económicas y sociales del pasado. Elevada a la perspectiva del determinismo de conjunto, habrá que esperar un estadio más maduro para que nos revele, minuciosa y despierta, la cotidianeidad y evolución de los oficios y artesanías, la significación que tuvieron en un tiempo próximo al nuestro, según los calendarios, muy distante por la aceleración del desarrollo del país. Así, un día tendremos una historia del telégrafo y del telegrafista; esta sin duda aclarará muchos otros aspectos del tránsito de siglo.

Hay que recordar que a comienzos de este siglo no había otra manera de comunicación rápida más que el telégrafo: es una situación que hoy cuesta imaginar, cuando se coge café con el canasto colgado a la cintura y el radio de baterías prendido de la mata de café. De la oficina central de San José salían varias líneas, atendidas cada una por un telegrafista. Estas líneas hacían un viaje difícil, si cabe decirlo: una terminaba en Vara Blanca, otra en Copey de Dota, otra en Limón. Cuando había un mensaje para una de las diez o más oficinas de una línea, se la llamaba mediante las letras clave que le correspondían. El telegrafista del pueblo –San Isidro de Alajuela, Río Segundo, El Yas de Paraíso– tenía que estar siempre alerta, aunque pasara un día entero sin recibir un mensaje; en una época realmente tranquila de la vida del país, el telegrafista sufría una especie de adelanto de la tensión y “atención”, del nerviosismo hoy tan generalizados. El horario del telégrafo, el régimen de trabajo fueron lo más contrario

que el lector pueda imaginar a los derechos laborales. Todavía hace poco tiempo el horario de una oficina telegráfica rural era el siguiente: de 7 a 10, de 13 a 16, de 18 a 20 horas. Igual los domingos y días feriados, incluida la Navidad y el Viernes Santo, menos la hora de las 15 a las 16. Hasta la década de los sesenta, el telegrafista no disfrutó de un día de descanso semanal. A menudo, por dificultades económicas o por falta de suplentes, recibía en dinero efectivo el equivalente de sus vacaciones. Aunque era lo corriente que el Estado alquilara no solo el local de la oficina, sino una casa para el telegrafista y su familia, el empleado de comunicaciones no podía compartir tiempo libre con los suyos.

Al telégrafo estaba por lo general recargado el correo, en las oficinas rurales. No es necesario trasladarse al pasado con la imaginación para ver las dificultades del jefe de oficina y su mensajero cuando no venía especificada la dirección de una carta. A los obstáculos que en cualquier parte se presentan en tales casos, se unía y se une la irracionalidad de las direcciones costarricenses. ¿Y cómo convencer al destinatario analfabeto de una carta certificada de hacerse acompañar de alguien que firmara por él para entregársela? ¿Cómo convencer a la gente de portar su cédula de identidad, en un tiempo en que la mitad de nuestra población andaba descalza?

El telegrafista tuvo que hacer una especie de servicio militar permanente. Cuando había emergencias, como amenazas de sublevación o de guerra, tenía que permanecer en su puesto, sin relevos, las veinticuatro horas del día. Y fue una fortuna para la salud de algunos telegrafistas haberse buscado aventuras en las reñidas y a veces violentas campañas políticas de la primera mitad de este siglo, pues aun a costa de su puesto (si perdían), montaron a caballo e hicieron riesgosas caminatas, abandonando, al menos temporalmente, la peligrosa vida sedentaria.

El telegrafista aprendió a escribir con corrección, a expresarse en forma concisa, a hacer de su vida un ejercicio de puntualidad y, desde luego, tuvo que enseñar esto a mucha gente, esa gente que lo buscaba para que pusiera en diez palabras lo que a ella se le antojaba en mil, para que le diera expresividad a una carta afectuosa, para que le corrigiera un ensayo de gacetilla periodística. A veces el telegrafista debía relevar al cura del pueblo y al agente de policía en pacificar a un grupo que, por mal contenidas pasiones

partidistas, iba a venir a las manos. Y en alguna manera se parecía al confesor, no solo por el secreto profesional de los mensajes, sino porque en realidad muchas personas le confiaban situaciones íntimas difíciles.

Telegrafistas hubo que trabajaron casi cincuenta años, pues no podían pensionarse, dado que las pensiones eran muy reducidas y no aumentaban al pasar el tiempo. (Fue recién hace dos años, por gestiones de los diputados Corrales, de la anterior Asamblea, y Tovar, de la presente, cuando se enderezó razonablemente este régimen arcaico). Y trabajaron en muy distintos sitios del país, lo que les permitió ver muchas y diversas gentes, no quedar apegados a ningún solar determinado y ganar, cuando quisieron, el mejor de los bienes, a pesar de su régimen de trabajo: la libertad.

Oficina telegráfica de La Uruca

10 de febrero de 1981

En días pasados escribí un artículo sobre el telegrafista, en general. Quiero ahora ilustrarlo con una anécdota, cuyo muy individualizado protagonista fue mi padre: la apertura de la oficina telegráfica de La Uruca. En enero de 1951, después de la Guerra Civil del 48, habiendo cumplido más de treinta años de trabajo, mi padre se pensionó y se retiró a vivir en Villa Colón, distante entonces de San José una hora, en autobuses donde no faltaban gallinas, con itinerario lento, pero puntual. Como bien dice Borges, le tocaron malos tiempos para vivir, como a todos los hombres. Aunque aquellos días no eran “de crisis” —¿o sí lo eran?—, las pensiones se quedaron más bajas que los sueldos y que el costo de la vida. Don Roberto se presentó ante el director de telégrafos de la administración Ulate, don Juan Montero (“Juancito”), para solicitarle volver al servicio, suspendiendo la pensión. No había oficinas disponibles “en acto”, pero sí “en potencia”: había un proyecto de abrir una en La Uruca, ese distrito de San José que queda al salir hacia Heredia. Pero el gobierno, no me pregunten por qué, pues habría que dar una respuesta permanente, propia de épocas de crisis y de no-crisis, no disponía de los trabajadores para hacer el tendido de la línea ni de los postes, ni de nadie para dirigir el trabajo. Contaba con el aparato transmisor y receptor, los alambres y, ¡loado sea Dios!, con la partida presupuestaria para pagar a los futuros telegrafista y mensajero. El candidato al puesto debía hacer el trabajo, como si fuera propio y privado. Se preguntaban en la Dirección quién se atrevería a dirigirlo, a conseguir lo que faltaba, bajo su responsabilidad. Cuando don Roberto se ofreció

a asumirlo, el entonces secretario, don Rubén Báez, comentó: “Ese sí es capaz de abrir la oficina”.

Los postes de guachipelín se consiguieron con los señores Starke, dueños de una finca en La Uruca. Los trabajadores, sorpréndase el lector, fueron una cuadrilla de reos de la tristemente célebre Penitenciaría Central. Fue necesario ganarse su confianza, que llegaran a apreciar como preferible el trabajo que la permanencia en una prisión peligrosa y, en el mejor de los casos, aburrida. Para estimularlos se les contaba cada día de trabajo como dos de cárcel y don Roberto les conseguía comida y frutas con los finqueros de la localidad: contribuyó notablemente la Finca La Caja. Había, desde luego, un centinela armado que respondía por los reos, pero ese trabajo no se habría podido llevar a buen término con solo la amenaza: fue necesario crear un clima de camaradería, de buena voluntad, tal que, cuando se terminó el tendido de los cables y se abrió la oficina, los reos le rogaban a don Roberto que organizara otro trabajo similar, pues querían seguir en ello, antes que volver a pasar a la sombra el resto de aquel verano.

Sobra decir que cuando la instalación estuvo concluida, aparecieron muchos candidatos a telegrafistas de La Uruca. Nada nuevo descubrimos sobre la naturaleza humana al decir que, por uno que siembra, hay diez que quieren recoger la cosecha, cien que desearían disfrutarla sin siquiera recogerla y a veces, por desgracia, algunos que preferían destruirla, para que nadie gozara la sana satisfacción de haber construido. Y no siempre los jefes son como don Juan Montero, quien hubo de sostener con firmeza, frente al ministro de Gobernación, el derecho moral de don Roberto, que no constaba en ninguna parte ni era “obligante”. Así, mediante la vuelta al servicio, fueron recompensadas las madrugadas de don Roberto, sus cotidianos viajes desde Villa Colón, su extraordinaria diligencia –no será la pereza el pecado que le señale el buen Dios–, su capacidad para poner de acuerdo, “coordinar” a gente tan diversa como el comandante de la Penitenciaría, los finqueros de La Uruca, los reos, los colegas del telégrafo y los chiquillos de su casa...

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca de los editores

Ana Lucía Fonseca Ramírez es filósofa. Con una carrera profesional de más de treinta años como docente e investigadora en la Universidad de Costa Rica, fue asistente y amiga personal de Roberto Murillo, a quien le debe, en muy buena parte, su gusto y dedicación a la filosofía.

Alexander Jiménez Matarrita es filósofo e investigador de la Universidad de Costa Rica. Ha estudiado el pensamiento filosófico costarricense en relación con los imaginarios sociales, las identidades y los patrones de convivencia.

Corrección filológica: *Óscar Alvarado V. y Natalia Salas S.* • Revisión de pruebas: *Fabiola Benavides P.*
Diseño de contenido y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Raquel Fernández C.*
Ilustración en la página 3: "Doble retrato de Roberto Murillo", sin fecha.
Rapidógrafo sobre papel, *Ricardo Ulloa Garay.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2025.

Estas *Memorias* nos llevan por los recuerdos de la infancia trashumante del autor, los paisajes provincianos, el culto pagano al aire de altura, la historia oculta de las ciudades, la fascinación temprana por las raíces del conocimiento y el sueño, casi obsesivo, de asumir la irresoluble alternativa ontológica entre el ser y la nada desde la finitud humana.

Los *Cuadernos de juventud* (1965 a 1977) presentan sus primeros atisbos filosóficos, donde ya se insinúa una intuición fundamental: “No hay el ser o la nada, ni el Gran Pleno o el Gran Cero, sino el círculo, ¡sin solución histórica!”.

ROBERTO MURILLO Z.
OBRA SELECTA

VOL. II
ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA
(1939-1994)

VOL. II
ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES



EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4234

Nombres: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994, autor.
| Fonseca Ramírez, Ana Lucía, editora. | Jiménez Matarrita, Alexander, editor.
Título: Roberto Murillo Z., obra selecta (1939-1994) /
Ana Lucía Fonseca Ramírez, Alexander Jiménez Matarrita, editores.
Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025.
| Contenido: Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud –
Volumen II. Artículos periodísticos – Volumen III. Ensayos sobre obras literarias –
Volumen IV. Ensayos sobre filosofía.

Identificadores: ISBN 978-9968-02-231-6 (obra completa : rústico)

| ISBN 978-9968-02-232-3 (vol. I : rústico)

| ISBN 978-9968-02-233-0 (vol. II : rústico)

| ISBN 978-9968-02-234-7 (vol. III : rústico)

| ISBN 978-9968-02-235-4 (vol. IV : rústico)

Materias: LCSH: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994.

| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Colecciones de escritos.

| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Pensamiento filosófico.

| LEMB: Filosofía costarricense – Ensayos, conferencias, etc.

| Filosofía – Ensayos, conferencias, etc.

Clasificación: CDD 199.728.6–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2025.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

| | |
|--|----|
| La obra de un maestro | 13 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R. y Alexander Jiménez M.</i> | |
| El maestro | 13 |
| Su escritura | 14 |
| Sobre esta obra selecta | 15 |
| | |
| El gusto por la conversación | 17 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R.</i> | |

Paisajes y andanzas

| | |
|--------------------------------|----|
| Tübingen | 21 |
| Hita | 23 |
| Valle de Santa María | 25 |
| Paisajes | 28 |
| Paso Llano | 30 |
| Las estrellas | 32 |
| Aurora | 34 |
| Los días de Cartago | 36 |
| Crepúsculo mariense | 39 |
| Invitación a Santa María | 41 |
| De San José a Ochomogo | 43 |
| El viento de altura | 46 |
| Cahuita | 48 |
| El Alto Savegre | 50 |

| | |
|--|----|
| Las pintas..... | 52 |
| Invierno en Santa María | 55 |
| Caminos..... | 57 |
| Cocles..... | 59 |
| El Yas | 61 |
| Regreso al Alto Savegre | 63 |
| Senderos en el Jardín Lankester | 65 |
| Parajes del Alto Parrita..... | 67 |
| Defensa de las Ruinas de la Parroquia de Cartago | 69 |
| La Ciudad de Lodo..... | 71 |
| Tobosi..... | 73 |
| Paraíso..... | 75 |
| Por tierras de Dota (tres historias)..... | 77 |
| Figuras marienses | 79 |
| La musa del verano | 81 |
| San Gerardo de Dota | 83 |
| Cartago..... | 85 |
| Noche mariense de verano..... | 88 |

Personajes y saberes

| | |
|---|-----|
| Michel Sturdza: el pensador y el educador | 93 |
| Don Abelardo Bonilla | 96 |
| Lord Russell | 98 |
| De Gaulle..... | 101 |
| Hegel: ciencia de la lógica | 104 |
| Enrique Guier, biógrafo de William Walker..... | 107 |
| Jacques Maritain ha muerto | 111 |
| Antonio Machado: poesía y filosofía | 113 |
| Los orígenes de Antonio Machado..... | 117 |
| Eladio García..... | 119 |

| | |
|---|-----|
| Un historiador mariense | 121 |
| Werner Heisenberg: <i>in memoriam</i> | 125 |
| Don Alejandro Aguilar Machado | 128 |
| Spinoza | 131 |
| Borges como pensador | 134 |
| Jorge Luis Borges: <i>in memoriam</i> | 137 |
| Estrasburgo | 141 |
| José Miguel Corrales | 144 |
| Emile Moirin | 146 |
| Nietzsche y Dostoyevski | 148 |
| Lutero y el pensamiento moderno alemán | 152 |
| Mario Sancho | 163 |
| Enrique Benavides | 173 |
| Luis Barahona | 175 |
| El recuerdo de Constantino Láscaris | 178 |
| Constantino Láscaris | 181 |
| Don Teodoro Olarte | 185 |
| Teodoro Olarte | 189 |
| Fernando Leal y su ensayo sobre ontología de la mente | 191 |

Pensamientos filosóficos

| | |
|---|-----|
| Los mitos del amor | 197 |
| Lo precario de la libertad | 200 |
| Astucia de la teoría | 205 |
| Ruptura de continuidad | 207 |
| El doctor Fausto y el sentido del juego | 210 |
| La amistad | 213 |
| El arquitecto y el diablo | 216 |
| Fantasías | 219 |
| La huida | 222 |

| | |
|--|-----|
| Placidez..... | 224 |
| Sutileza..... | 227 |
| Manifiesto del peatón..... | 230 |
| Lentes y relojes..... | 233 |
| La técnica como ciencia..... | 236 |
| El reposo..... | 238 |
| Oasis de la felicidad..... | 240 |
| Ciencia y humanismo..... | 243 |
| De Aristóteles a Darwin (y vuelta)..... | 246 |
| Zoología laboral..... | 250 |
| Un excelente libro de historia del pensamiento científico..... | 252 |
| Más acá del bien y del mal..... | 255 |
| La espera..... | 259 |
| Egocentrismo..... | 263 |
| ¿Qué podemos esperar del derecho?..... | 267 |
| El juego agresivo..... | 270 |
| El sello de la madre..... | 273 |
| Lógica y muerte..... | 276 |
| Definición negativa de la amistad..... | 280 |
| El optimismo posible..... | 283 |
| La filosofía de la vida..... | 286 |
| Investigación para el desarrollo..... | 290 |
| Un elogio de la filosofía..... | 294 |
| Espíritu de la filosofía francesa..... | 298 |
| El filósofo..... | 302 |

Educación y universidad

| | |
|---|-----|
| ¿Qué es una universidad?..... | 311 |
| El inapreciable servicio de la universidad..... | 315 |
| La teología en la enseñanza superior..... | 318 |

| | |
|---|-----|
| Elogio del “simple” profesor..... | 320 |
| La universidad y el poder..... | 322 |
| Vigencia contemporánea..... | 325 |
| La rectitud de la Comisión Organizadora de la Universidad Nacional .. | 329 |
| Sé dónde estás..... | 332 |
| El valor formativo de las matemáticas | 334 |
| Sobre la educación..... | 337 |
| Aquella auténtica Reforma Universitaria | 341 |
| Estudio y crítica de las letras..... | 344 |
| Las letras como vocación | 347 |
| Volver a aprender geometría | 350 |
| Filosofía y Letras en el aniversario de la Universidad de Costa Rica..... | 353 |
| La asignación..... | 356 |
| La autenticidad universitaria | 359 |
| ¿Sabemos español todavía?..... | 363 |
| El origen de la UNA | 367 |
| En las bodas de plata de la Escuela de Filosofía | 371 |
| El Liceo Franco-costarricense | 375 |
| El edificio de Letras | 377 |
| Mi generación se pensiona..... | 379 |
| El primer día de clases..... | 381 |
| Defensa de la pensión universitaria | 384 |

Política y vida pública

| | |
|--------------------------------|-----|
| El señor presidente..... | 389 |
| Elogio del liberalismo | 391 |
| El tribuno de la plebe..... | 395 |
| Los espíritus que niegan | 398 |
| El despotismo necesario..... | 401 |
| El complejo de Aníbal..... | 404 |

| | |
|---|-----|
| Los recursos personales al terminar el siglo..... | 407 |
| El disidente..... | 410 |
| Realidad e imagen en política..... | 413 |
| La política como drama..... | 415 |
| Los años sesenta..... | 418 |
| Hasta después de las fiestas..... | 421 |
| Cultura sectaria..... | 423 |
| El nuevo pobre..... | 426 |
| Una generación de funcionarios..... | 429 |
| El científico y el político..... | 432 |
| Los intelectuales y la política..... | 435 |
| No tengo tiempo para perderlo contigo..... | 438 |
| La fiesta electoral..... | 441 |
| Bicentenario de la Revolución Francesa..... | 443 |
| Cuando alguno pretenda tu himno cambiar..... | 447 |
| Idea de América..... | 450 |
| La desilusión política..... | 454 |

La obra de un maestro

Ana Lucía Fonseca R.
Alexander Jiménez M.

El maestro

Hay quienes pretenden aprender filosofía rumiando libros en el rincón de una biblioteca: quizás lo logren... Al menos se asomarán a la historia de la filosofía o a lo que de esa historia ha quedado registrado. La generación de estudiantes formada por Roberto Murillo aprendió en los libros, sí; pero fundamentalmente aprendió en sus lecciones “conversadas” en el aula y fuera de ella, filosofando al lado de nuestro maestro con seriedad y con humor.

Él conocía muy bien el mapa de múltiples recorridos filosóficos, pero hacía su propio camino. Nunca fue seguidor cautivo de escuela filosófica alguna, aunque tenía sus preferencias: dedicó estudios y seminarios inolvidables a Platón, Kant, Nietzsche, Bergson, con un poder de síntesis a la vez erudita e imaginativa.

Por eso, las palabras con las que Alain Vieillard-Baron caracterizó a Blas Pascal pueden ser aplicadas también al fondo existencial, humano y filosófico de Roberto Murillo. Para Vieillard-Baron, Pascal “tenía una lucidez clásica en la inteligencia y un arrobamiento barroco en el corazón” (“Pascal y su tiempo”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. III, n.º 12, 1962); también Roberto Murillo, pues en él se conjugaron una inteligencia poderosa, con vocación universal de geómetra, y una sensibilidad profunda, inquieta, pero a la vez intimista. No escribió su

obra en línea recta: en ella disfrutamos de los recodos, juega con la brisa de altura, desconcierta con ires y venires, “porque el camino de ida no es el mismo que el de vuelta”, como le gustaba decir.

Y si una imagen acompañó al maestro, aun en sus obras filosóficas más densas, es la del péndulo entre la tentación del ontologismo y la contingencia “del oscuro rincón que piensa”, entre el culto a las ideas platónicas y un inevitable “sentimiento de distancia”; en suma, entre la tentación del argumento ontológico, complaciente con la identidad del ser y el pensar, y el humano descreimiento escéptico, que opta por seguir viendo o buscando, antes que anclarse en un terreno seguro.

Su escritura

Roberto Murillo aporta a la institucionalidad filosófica costarricense una forma de pensar y de escribir a mitad de camino entre la cita erudita y densa y la metáfora bella y sugerente. Unas y otras están siempre presentes en sus textos más profesionales y en sus trabajos divulgativos. En ellos nunca hay solo ideas ni solo metáforas. Tratándose de un tipo de pensar imaginativo, es preciso la concurrencia de ambos recursos.

En relación con su escritura filosófica, cabe hacer una distinción entre la forma efectiva de escritura y sus reflexiones acerca de lo que esta debía ser. Aunque suelen coincidir, no siempre nuestro autor logra dar cumplimiento a su voluntad de escribir como si estuviera en medio de una conversación educada. Hay momentos en los cuales sus textos alcanzan una densidad y una complejidad técnica que los puede alejar de un lector o –para seguir su propia metáfora– de un “conversador educado” común.

Roberto Murillo insistía en la pertinencia de un tipo de escritura que no cayera en la tentación de la lejanía técnica, erudita o solemne. En su libro *Segundas estancias*, del año 1990, recuerda una cierta norma de elegancia: no hacer nunca visibles los esfuerzos, presentar lo difícil como fácil. Aquí podemos percibir una inclinación a pensar la escritura como un trabajo de traducción. En ese mismo libro hay un artículo titulado “Un elogio de la filosofía”, en el que se refiere al helenista Cornford, quien confesaba haber

intentado seguir la costumbre platónica de atenerse al lenguaje usual de la conversación educada y de evitar que cualquier palabra se convirtiera en un término técnico. También menciona a su querido Antonio Machado, para quien la retórica del buen decir debía estar al servicio de un correcto pensar.

Todo esto revela que apreciaba una forma de pensar y de escribir, de comunicarse filosóficamente, alejada de la jerga erudita, distante y falsamente solemne de las sectas filosóficas. Este aprecio se expresa en su voluntad de escribir de una manera clara, aguda, bella y sugerente. De ello hay numerosas muestras en sus ensayos filosóficos y en sus artículos periodísticos. Había en él un deseo de elaborar explicaciones redondas y de huir de un tono pesado y técnico. Antes bien, nos propone una escritura sugerente que logra llevar al lector a otra cosa detrás de lo que se está diciendo. Su capacidad de evocación permitía percibir al mismo tiempo un mundo y la otra cara de ese mundo.

Quizá en un sentido particular no pueda decirse que salía al mundo en busca de aventuras que implicaran poner en riesgo la vida, los bienes y la honra con el fin de deshacer entuertos, como era el caso de don Quijote. Pero en otro sentido resulta claro que era un aventurero y no el típico filósofo de escritorio o de salón, temeroso de encontrarse con el mundo. Ya desde su infancia fue un niño errabundo a quien los viajes imaginarios le eran especialmente queridos. Viajero de trenes y tranvías, decía haber hecho más viajes imaginarios que reales. Y sus viajes reales eran enriquecidos al ser luego elaborados por la criba de la imaginación. Como don Quijote, Roberto Murillo fue un niño que leía y no siempre sabía discernir los límites entre sus imaginaciones literarias y su vida en este mundo. Este desconocimiento infantil fue un adelanto de lo que luego aprendería con Parménides: lo mismo son el pensar y el ser. Pero, como ya mencionamos antes, no se quedó deslumbrado por el ontologismo, pues también aprendió de Heráclito que nadie se baña dos veces en el mismo río... y quizá ni siquiera una, como decía entre risas y algo de nostalgia.

Sobre esta obra selecta

Entre los años 2015 y 2018, la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica financió un proyecto de recopilación y edición de la obra

de Roberto Murillo, donde participamos como investigadores. El resultado de nuestro trabajo se ofrece ahora en cuatro volúmenes, con una división temática, a saber:

Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud. Excepción hecha de unos pocos textos, los de este volumen son inéditos, recogidos de cuadernos manuscritos que abundan en el archivo personal del autor.

Volumen II. Artículos periodísticos. Aquí se agrupa la mayoría de sus artículos periodísticos sobre paisajes y pueblos, personajes de la historia y de la filosofía, problemas filosóficos, educación y sentido de la universidad, para cerrar con una incisiva crítica a la política nacional y la vida pública.

Volumen III. Ensayos sobre obras literarias. Presenta dos obras ya publicadas: *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico* (Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, 1975) y *Tres ensayos sobre el Quijote* (1993).

Volumen IV. Ensayos sobre filosofía. Reúne dos ensayos, también ya publicados, sobre asuntos propiamente filosóficos: *Tres temas de filosofía* (1982) y *La forma y la diferencia* (1987). Esta última fue reconocida con el Premio Jorge Volio del Colegio de Licenciados y Profesores (1991).

Mientras los dos primeros volúmenes se dirigen a un público general, el volumen III y el volumen IV apuntan a un público con intereses más específicos en relación con la filosofía, la historia de la ciencia y la literatura.

El gusto por la conversación

Ana Lucía Fonseca R.

Todos los breves artículos periodísticos incluidos en este volumen¹ revelan al maestro que fue Roberto Murillo. Invitan a la conversación, al diálogo, nunca a la doctrina; nos hablan de estancias del pensamiento en una tarde fría de Paso Llano o del Alto Savegre, donde se puede conversar, sin poses, de la precariedad de la libertad, el arquitecto y el diablo, los lentes y relojes en la historia de la ciencia, los principios y entresijos de la lógica, el privilegio de la amistad, la defensa del caminar, el “servo arbitrio” de Lutero, de lo que significa escribir un libro... Nos hablan también de Antonio Machado y el “escalofrío de la identidad dentro de la diferencia”, de las razones y las intuiciones de Bergson, de la muerte y la imaginación como compañeras de la ciencia, de la “solución simbólica de la antinomia de la existencia”, de don Quijote tironeado por la ilusión y la lucidez. El tono poético está presente aun en los artículos sobre el desencanto con la política y los modelos educativos, quizá por el fino reclamo que muestran, mezclado con una nostalgia por “el tiempo y su había una vez”.

Les invito a recorrer esta prosa poética de Roberto Murillo. Nos acompañarán la lucidez de su palabra y su sensible imaginación, tantos años después de su muerte prematura. Yendo y viniendo, veremos paisajes entrañables, nos toparemos con Kant, Platón, Nietzsche, Spinoza, Borges,

1 Salvo indicación expresa, todos los artículos fueron publicados, a lo largo de muchos años, en la sección “Página 15” del periódico *La Nación*. Se recopilaron en vida del autor, en tres obras: *Estancias del pensamiento*. San José: Editorial Costa Rica (1978), *Segundas estancias*. Cartago: Editorial Cultural Cartaginesa (1990) y *Páginas escogidas*. San José: Editorial Juricentro (1993).

Hegel, Dostoyevski, con maestros de filosofía como Constantino Láscaris y Teodoro Olarte, con la ironía desencantada de Mario Sancho... Con ellos y muchos más conversaremos filosóficamente, pero sin artificios, a la vera del camino, “de casi nada y casi todo, en la tarde de luz y lluvia lejana”, como alguna vez escribió, con su cuidada letra, en la dedicatoria del ejemplar que me regaló de *La forma y la diferencia*, su obra de filosofía más madura.

Paisajes y andanzas

Tübingen

7 de setiembre de 1968

Después de escuchar el magnífico concierto de la Orquesta de Cámara de la Universidad de Tübingen y no teniendo competencia para hacer un comentario desde el punto de vista musical, no me parece fuera de lugar ofrecer un homenaje a estos universitarios artistas, evocando algunos rasgos de su hermosa ciudad.

Tübingen es una ciudad bastante pequeña de Suabia, en el Baden-Württemberg. Según una leyenda, Dios, antes de crear el mundo, decidió hacer un esbozo material de su idea y este es el Baden-Württemberg: montaña, llanura, bosques, ríos, lagos. Yendo, por ejemplo, de Alsacia a Tübingen se atraviesa la Selva Negra, entre bosques magníficos de cipreses, con vistas muy extensas sobre la llanura, una de las más bellas regiones de Alemania.

Atravesada por el Neckar, con orillas llenas de sauces, Tübingen, como Heidelberg, es, sobre todo, una ciudad universitaria. Su universidad es mundialmente famosa, entre otras cosas, por su escuela de Teología. Existen, como en tantas otras universidades alemanas, una junto a otra, la Facultad de Teología Católica y la Facultad de Teología Protestante. La primera ha sido mencionada por los cables en los últimos días porque uno de sus teólogos, Kühn, se pronunció sobre la falta de fundamento de la encíclica *Humanae vitae*.

La Facultad de Teología Protestante es ilustre: durante siete años fueron compañeros en su internado los grandes filósofos Schelling, Hegel y el no menos gran poeta Friedrich Hölderlin. La evocación de estos nombres

parece rimar con el paisaje y el estilo de vida: como alemán, orden y proyecto, pero como suabo, mayor sentido de la libertad y de cierta dulzura recóndita e interior. En Hegel, la libertad está pensada, no como una arbitrariedad o como un confort, sino, al contrario, como una dura voluntad de trascender todos los límites, como una ilimitada exigencia de racionalidad. Una racionalidad que no es, como algunos imaginan, seca y fría, sino, en los antípodas de la lógica formal, apetito incontenible de universo.

Hölderlin se despidió de sus amigos con una consigna: que el reino de Dios venga sobre la tierra. Pero el dios se le hizo presente por su ausencia. Si Hegel conoció como pocos la gloria en vida, Hölderlin fue a pie hasta Burdeos para trabajar como preceptor y regresó a pie en un verano terrible; los rigores del sol le trastornaron el juicio o, como él lo decía: “¡Apolo me ha herido con sus rayos!”. Zimmer, un maestro carpintero, lo recogió en su casa, donde vivió unos treinta y cinco años. Hoy puede visitarse esta casa, al borde del Neckar, con una pequeña habitación en forma de torre donde aquel hombre de los dioses decía poemas en voz alta en las noches tranquilas:

En el azul adorable florece el techo de metal del campanario. Alrededor vuela un grito de golondrinas. En torno, se extiende el azul más conmovedor... Los celestes, que son siempre buenos... tienen una tal distinción y alegría. El hombre, en esto puede imitarlos. Un hombre, cuando la vida no es más que fatiga, un hombre, ¿puede mirar hacia arriba y decir: así quisiera yo ser? Sí. En tanto que en su pecho dure la buena voluntad, siempre pura, el hombre puede medirse con lo divino... Rico en méritos es, sin embargo, poéticamente, como el hombre habita sobre la tierra.

Hita

19 de noviembre de 1968

El profesor don Arturo Agüero, uno de nuestros mejores conocedores de España y de lo español, me contó, hace unos años, algo sobre su viaje a Hita, la del Arcipreste. En la primavera de 1967, tuve la oportunidad de hacer una larga travesía por España y convencí a un compañero y amigo alsaciano de arriesgar su automóvil, abandonar la ruta que va de Medinaceli a Guadalajara y descender hasta un profundo valle, que presentaba un raro cromatismo en el atardecer, no eran colores de verdura, sino de sierra y de aspereza. Por el camino estrecho preguntamos por Hita, la del Arcipreste, a un campesino que nos contestó en un sonoro y castizo español. Ya se puede alegar que todas las formas de hablar una lengua, con distintas modalidades fónicas, con particulares variantes, tienen el mismo valor, pero lo cierto es que hay pueblos que son dueños de su idioma y que viven en su interior, mientras otros hablan con pereza y lo tienen como prestado.

Hita es un pueblo muy pequeño y adusto, situado en una colina dominada por la iglesia. Para subir, es necesario tomar aliento, aunque se tenga cierta práctica de andariego. Por las calles empedradas descendía un rebaño y las esquilas de las ovejas acompañaban el toque del ángelus. ¡Quién más, quién menos, en el orbe católico, todos esperamos el ángelus, la buena nueva, a través de la corredención femenina! Hace viento frío en la parte alta y más frío debe hacer en las serranías cercanas. Ya don Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, nos cuenta cómo se extravió en la montaña y cómo lo trató la serrana que cobraba el pasaje (“De cómo el Arcipreste fue a probar

la sierra é de lo que le contesció con la serrana”, en el *Libro de Buen Amor*). De la iglesia van saliendo mujeres con sus tocas negras y alguna, con gentileza y discreción, nos informa de los muchos visitantes que llegan a la festividad patronal, de los hombres de letras que vienen en peregrinación a la tierra de aquel viejo poeta, sacerdote y enamorado, que alternaba los “gozos de Santa María” con las cantinas de serranía, el mismo que nos pone en verso la pasión de Nuestro Señor y nos cuenta también “cómo clérigos é legos é frayres é monjas é dueñas é joglares salieron á recibir á don Amor”.

No nos arrepentimos de haber alterado (esto en verdad lo hicimos casi todo el tiempo) el itinerario convencional de los turistas y de las visitas guiadas. Juan Ruiz es un maestro del cual aún hoy habría más de una cosa que aprender. Una de ellas es la que dice a propósito de los méritos de las mujeres pequeñas: “Quiero abreviaros, señores, mi predicación. Siempre me ha gustado el pequeño sermón, la dueña pequeña y la breve razón; porque lo poco y bien dicho se asienta en el corazón”.

Cuando llegamos a Guadalajara a tomar un buen vino tinto pensé que Juan Ruiz es un antídoto contra las diversas formas de fariseísmo y puritanismo, contra la propensión a escandalizarse por los pecados menudos como manera de ocultar la impiedad para los valores y la injusticia para los hombres.

Valle de Santa María

19 de diciembre de 1969

Diciembre significa brisas frescas, floración del quicuyo y de las pastoras, mezcla de santalucías y margaritas en prados y montañas, vacaciones para maestros y alumnos en los diversos niveles de la enseñanza. Los profesores de la universidad también nos hemos fatigado en el largo curso lectivo, en que hemos preparado programas, madurado reflexiones, completado lecturas, tomado notas y escrito algún artículo, además de impartir lecciones y corregir pilas de exámenes. Como nuestros alumnos, necesitamos descanso y aire de montaña, toma de contacto con el país, sus pueblos, sus campiñas y su bienaventurado silencio. Es una época muy fecunda porque el trabajo intelectual de quien verdaderamente trabaja no se realiza cuando más corre uno y se afana, ni cuando adopta poses burocráticas, sino en momentos de aparente inactividad donde se vislumbran nuevas posibilidades, inesperadas conexiones de ideas, hilos conductores inéditos. Ya el gran físico francés Louis de Broglie habla en algunas de sus obras de estas dos formas complementarias de trabajo: la intuición en el ocio y el laborioso desarrollo conceptual.

No puedo separar de las montañas de Dota estas épocas en que la mayor de todas las estrellas emerge en el este al principio de la noche. El pueblo de Santa María es siempre gentil y acogedor, digno e inteligente a pesar de tantos problemas que comparte con otros pueblos costarricenses y latinoamericanos.

El clima es frío, más bien seco, y el magnífico parque se deja recorrer una y otra vez, hasta que uno se cansa sin aburrirse. De repente hay en el oeste una luz amarilla allá por donde el río Parrita se abrió paso hace muchos milenios, y agradece uno espontáneamente esa discreción de la luz, ese estremecimiento del atardecer, ese profundo recogimiento de lo que tiene límites precisos y siempre presentes, pues lo grande no se mide por su extensión, sino por su profundidad y su fuerza contenida.

Amanece en un recodo de la carretera interamericana del sur y se descubre un tranquilo y extensísimo mar de nubes sobre el valle de Cartago, cuyas bellezas de paganía se presienten en el ocultamiento. En cambio, las montañas que circundan el Valle de Santa María aparecen bien perfiladas, azules en el otro azul del cielo. La llegada a Santa María (una Santa María como la del marqués de Santillana, con prados, rosas, flores y lindas serranas) es un descenso lento por vueltas y revueltas, después de pasar el pequeño valle de El Jardín, poblado de santalucías y lagunas. El Jardín y Copey son copias reducidas y elevadas hasta el cielo del Valle de Santa María. A Copey es difícil llegar porque el camino está muy dañado, y es una lástima, porque los bordes del Alto Parrita son magníficos, rodeados de sotos y praderas, con aguas frías donde todavía se consiguen sabrosísimas truchas. Las tardes pensativas de estas montañas me hacen recordar un curioso presentimiento de la adolescencia: el de que el amor a las montañas, a las mujeres y a las ideas era una misma cosa, a la manera de aquella leyenda alemana recordada por Ludwig Wittgenstein en su *Tractatus logico-philosophicus*: que los dos jóvenes, sus dos caballos y sus dos lirios eran una y la misma realidad. Si el patriarca del neopositivismo, entre juegos algebraicos, se permite estos escauceos poéticos, ¿tendré yo escrúpulos en hacerlo, creyendo, con Unamuno, que “la filosofía se acuesta más a la poesía que a la ciencia”? La verdad es que quizá la ciencia exacta, la platónica y pitagórica, no está lejos de las raíces poéticas y solo lo está la ciencia ideológica y democrática, la de los presupuestos implícitos y la ficticia neutralidad y objetividad.

En las montañas de Dota amanece la belleza y el sentido de la vida, el mundo de lo sutil y de lo recóndito. Amanece la sabiduría que consiste en saber olvidar todo el lastre espeso de la existencia convencional (de la

civilización del papel), pues, como decía Camus, “la mitad de una vida de hombre consiste en sobreentender, en volver la cabeza y en callarse”. Amanece la sabiduría de recordar lo que nos ata a los orígenes, lo que más aparece en cuanto más se oculta.

Paisajes

3 de agosto de 1970

El espacio vivido es un remanso del tiempo. A la vuelta de un camino, de repente, la tierra se ofrece, acogedora, para la estancia y el paisaje. ¿Dónde está, cuando esta magia aparece, lo que Nietzsche llamaba “el sentimiento de venganza contra el tiempo y su ‘había’”? Frente a este sentimiento susurra una nostalgia de los momentos del pasado que configuraron esta geografía emotiva de paisajes y lugares. Ella hace presente el pasado sin que deje de ser pasado. El espacio unifica en densa trama de hilos de amor, de amistad, de reflexión y de ensueño.

Coris. El camino que conduce de la antigua laguna de Coris hasta la ermita azul es un amplio semicírculo poblado de perspectivas. El valle, de un verdor impresionante, presenta y oculta sus muchos sauces en la tarde discreta. No hay celajes, sino un color blanco y frío, más bien místico, en este extremo del valle de Cartago. Hay unos rayos directos sobre el corredor, lleno de macetas, donde siempre, durante años, la dueña de la casa nos ha ofrecido café, en el respeto de la casa hidalga. Los sauces desaparecen y el camino se hace largo cuando surge la Osa Mayor sobre la cordillera: otro día Coris volverá a recoger todo el pasado en su regazo de infinitos verdes.

Hotel Robert. Hay un camino todavía impregnado de ceniza que va hacia el oeste del hotel Robert. Hace un frío de enero a tres mil metros de altura, que sugiere salud y apetito. Hace que uno se sienta uno mismo y no en indiferente y sudorosa unidad térmica con el ambiente: el frío es uno de los fundamentos del principio de individuación y este, condición necesaria para la verdadera comunicación. Sin embargo, la palabra

es también silencio. Aquí, los silencios son el arco iris doble de la lluvia del noreste y el campo intensamente amarillo de mostaza. La gran casa del hotel Robert, con escaleras y pisos, evoca muchas estancias y residencias posibles, muchos refugios frente al paisaje desde donde se lo puede captar en recogimiento y plenitud.

San Isidro de Heredia. Parece un pueblo hecho de sueños cuando se le visita en la noche sin haberlo conocido nunca de día. Como en Barva y en otros lugares de la provincia, las casas son una tentación colonial. Cosa rara y muy poco frecuente en Costa Rica, la iglesia es hermosa y digna de verse.

Sucede aquí lo que en otros lugares atractivos: que existen para que, frente a ellos, pueda uno pensar en muchas otras cosas distintas de ellos mismos. Es la virtud de la discreción, de lo que no asedia nuestros sentidos, sino que se presta a ser traspasado, trascendido y conservado en gratitud.

Copey. Es uno de estos lugares donde el cielo está presente y el valle se abre para recibirlo. El cielo cambia y su movimiento es un lenguaje ante el éxtasis de las montañas. Copey sabe a unas largas vacaciones, de esas que uno se promete en el liceo y en los primeros años universitarios, sin compromisos, sin solicitudes, sin oficinas. Donde una hilera ininterrumpida de pensamientos y de deseos se va impregnando de los colores livianos de la altura. Las compañeras del colegio hablaron de Copey y nos lo pintaron con el poder de la sugestión femenina, para que un día evocáramos en él los pasados posibles, es decir, el espacio de la duración personal, en el que se pierden los límites entre los tiempos... y entre lo posible y lo real.

El Alto de Tarbaca. ¿Se conoce todavía por este nombre a la parte más alta de la carretera entre Jorco y Aserrí, antiguo camino de los boyeros, mirador sobre valles secretos hasta el cauce lejano del Candelaria? Más que un lugar de estancia, es este un lugar de paso, una especie de frontera llena de promesas, distintas para los que van y para los que vienen. Suena a auroras de días despejados en que la niebla madruga en su levantarse cotidiano en las praderas de Tarbaca, y quizá también suena a un profundo viaje sin regreso, a la patria materna, donde, como dice el poeta: “Las carretas van rompiendo el fondo azul del silencio”.

Paso Llano

3 de agosto de 1971

La contingencia, la casualidad que hace coincidir una serie de magníficas circunstancias, nos condujo un fin de semana de vacaciones a Paso Llano, al norte de San José de la Montaña. El azar, que con tanta frecuencia nos abruma con la decepción y la vacuidad, se eleva a veces, raras veces, hasta la providencia. Si escribo sobre un fin de semana en Paso Llano, si distraigo a algún lector con un acontecimiento personal, es porque hay algo de cordialmente comunicable en el ritmo de la lluvia enorme, alternada con malvas lejanas del atardecer, en la amistad que sabe hacer del juego, en el sentido del *Homo ludens* de Huizinga, un camino hacia el descubrimiento de sí mismo. Hay urgencia de contarle a algún desconocido que existe un rincón, en las montañas del norte de Heredia, donde es posible que el recogimiento y la expansión coincidan estrechamente, como se une la luz de un tronco lleno de orquídeas con la intimidad de la casa, en un claro del bosque sumergido por la lluvia en hondonadas de concentración y de amor.

Es viernes a las ocho de la mañana, hay un sol quemante de altura, más ardoroso que el de las playas a la misma hora. El cielo se presenta de un azul brillante. Brillo efímero, cuyo fin inmediato se presiente en su prodigalidad matinal. Nubes al principio bajas y rápidas, después más altas y lentas, irán haciendo sombra en los campos y noche en el bosque. Es un bosque que nos va exigiendo penetrar en él cada vez más, por lo curioso y variado de las formas de sus árboles, arbustos y orquídeas. El claroscuro nos domina. A veces es el descanso de un claro, otras, los secretos de

suggerentes escondrijos llenos de musgo fino y siempre el avance de una nube oscura, que hace noche a las once de la mañana. Después, al regresar a la casa, es el diluvio. Hace pensar en una novela francesa, publicada hace poco, de Jean Marie Monteneau, *Les champignons*, en la que una pareja espera el fin del mundo en una casa, cada vez más incomunicada por el regreso al caos de las aguas primigenias. Habrá que esperar hasta la mañana del día siguiente, entre siesta y conversación, para ver los altos cipreses despejados y oír un mundo que canta en la oscilación brillante de las gotas. Nosotros pensamos en las raíces profundas de la alegría de vivir, anteriores a toda tematización, en el don de la libertad, del olvido (ilusorio pero indispensable) del mundo de la simulación, en fin, en el don del amor en pos del sentido de la vida.

La noche llena de luciérnagas evoca la respuesta que Dios da al santo, según Antonio Machado. El asceta le dice a Dios: “Hice la noche en mi corazón para no verte más que a Ti”, y Dios le contesta: “Gracias, hijo, porque las luciérnagas son también cosa mía”. Son parpadeos blancos que se mezclan con las chispas breves y rojas de la parrilla, con cuyo calor apenas compensamos el frío de las brisas y los arroyos. Delante del misterio del agua y del fuego en Paso Llano, nuestra conversación dibuja un círculo de recíproca disponibilidad y de cosas sobreentendidas. Pensamos en un verso, que bien pudo haber dicho algún filósofo presocrático, quizás Parménides: “Lo mismo es el eros que el logos”, es decir, en traducción dudosa: “Lo mismo es el lenguaje que el amor”.

Hay una manera mítica de expresar este fragmento apócrifo: consiste en afirmar la identidad entre Apolo y Dionisos, entre el dios de geometría racional, llena, sin embargo, de paradojas, y el de la embriaguez desencadenada. La retención y la expansión, la limitación del pequeño horizonte de la casa y su prado, la comunión vegetal con las raíces del bosque, el entusiasmo y la reflexión: todo ello es opuesto en un sentido y en otro es idéntico, aunque esta identidad no pueda ser nunca expresada conceptualmente, sino presentida íntimamente, artísticamente representada o míticamente adorada. Estas formas de presencia por consanguinidad, esta auscultación tan sutil es lo que nos dio un fin de semana en Paso Llano, al norte de San José de la Montaña.

Las estrellas

9 de setiembre de 1971

Cuando en las tierras altas se van apagando los colores de acuarela y mostaza, comienzan a aparecer, en enero, Sirio, Conupia y Aldebarán, la gota de sangre del poema de Unamuno. El mapa viviente del cielo se despliega sobre nosotros y nos hace sentir, por momentos y hasta por horas, eternos, constantes, armoniosos, llenos a la vez de vida y quietud. Es como si al menos los ojos pudieran participar de la luz de cada estrella y de la perfección del cielo único. Es como si las pasiones se mantuvieran ardientes y, sin embargo, distantes, en juegos geométricos de constelaciones, como figuras en que cada luz es individual y a la vez simple vértice de un dibujo complicado. La aparición de los planetas, como Platón lo sabía, constituye ya un elemento de alteración: es la representación celeste de la contingencia, el mensaje de sorpresa en el gran reloj de las estrellas fijas, la turbación de la sangre frente a los ojos serenos de la divinidad.

La astronomía ingenua no sabe de distancias: para ella, todas las estrellas están a una distancia infinita, sin paralaje, en una gran esfera sin más allá. Si miramos el cielo con esa perspectiva no nos alejamos mucho de esas viejas artes que hoy seducen extrañamente a nuestra juventud: las que leen el destino de nuestras débiles vidas en el eterno retorno del cielo. Pero las estrellas que solicitan nuestra admiración en las tierras altas no tienen nada secreto ni hermético: su esencia es la apariencia y nuestro destino frente a ellas es olvidar, aunque sea por un momento, la distancia infinita que nos separa a nosotros, opacos y fragmentados, de su encendida regularidad. La astronomía ingenua es quizá una proyección de la conciencia

desdichada, pero por ello también un crisol en que se purifica, danzando, como diría el mismo Platón, el bien.

Lejos de leer en los ojos radiantes del cielo frío lo que nos une y nos separa, lo que nos sostiene y nos hunde, nos perdemos más bien en el firme dibujo apolíneo de las constelaciones. En ellas, la magia del ver aproxima las estrellas que están en realidad muy lejanas, porque olvida la vertiginosa profundidad del espacio. Es una magnífica lección de olvido la que nos ofrece, en la noche de enero, el cielo azul de las tierras altas.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca de los editores

Ana Lucía Fonseca Ramírez es filósofa. Con una carrera profesional de más de treinta años como docente e investigadora en la Universidad de Costa Rica, fue asistente y amiga personal de Roberto Murillo, a quien le debe, en muy buena parte, su gusto y dedicación a la filosofía.

Alexander Jiménez Matarrita es filósofo e investigador de la Universidad de Costa Rica. Ha estudiado el pensamiento filosófico costarricense en relación con los imaginarios sociales, las identidades y los patrones de convivencia.

Corrección filológica: *Óscar Alvarado V. y Natalia Salas S.*
Revisión de pruebas: *Sherlyn Jiménez B. y Fabiola Benavides P.*
Diseño de contenido y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Raquel Fernández C.*
Ilustración en la página 3: "Doble retrato de Roberto Murillo", sin fecha.
Rapidógrafo sobre papel, *Ricardo Ulloa Garay.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2025.

Estos artículos periodísticos invitan a la conversación, al diálogo, nunca a la doctrina. Hablan sin poses acerca de paisajes y andanzas, personajes y saberes, pensamientos filosóficos sobre la libertad, la lógica y la ciencia, el valor de la amistad, la “solución simbólica de la antinomia de la existencia”. El tono poético está presente aun en los artículos sobre el desencanto con la política y los modelos educativos, quizá por el fino reclamo que muestran, mezclado con una nostalgia por “el tiempo y su había una vez”.

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA

VOL. III
ENSAYOS SOBRE OBRAS LITERARIAS

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES




EDITORIAL
UCR

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA
(1939-1994)

VOL. III
ENSAYOS SOBRE OBRAS LITERARIAS

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES



EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4234

Nombres: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994, autor.

| Fonseca Ramírez, Ana Lucía, editora. | Jiménez Matarrita, Alexander, editor.

Título: Roberto Murillo Z., obra selecta (1939-1994) /

Ana Lucía Fonseca Ramírez, Alexander Jiménez Matarrita, editores.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025.

| Contenido: Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud –

Volumen II. Artículos periodísticos – Volumen III. Ensayos sobre obras literarias –

Volumen IV. Ensayos sobre filosofía.

Identificadores: ISBN 978-9968-02-231-6 (obra completa : rústico)

| ISBN 978-9968-02-232-3 (vol. I : rústico)

| ISBN 978-9968-02-233-0 (vol. II : rústico)

| ISBN 978-9968-02-234-7 (vol. III : rústico)

| ISBN 978-9968-02-235-4 (vol. IV : rústico)

Materias: LCSH: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994.

| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Colecciones de escritos.

| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Pensamiento filosófico.

| LEMB: Filosofía costarricense – Ensayos, conferencias, etc.

| Filosofía – Ensayos, conferencias, etc.

Clasificación: CDD 199.728.6–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2025.

© Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

| | |
|---|----|
| La obra de un maestro | 11 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R. y Alexander Jiménez M.</i> | |
| El maestro | 11 |
| Su escritura | 12 |
| Sobre esta obra selecta | 13 |
| | |
| Filosofar y poetizar. A propósito de los ensayos sobre Antonio Machado y el <i>Quijote</i> | 15 |
| <i>Alexander Jiménez M.</i> | |
| Un libro paradójico | 15 |
| La “curva cervantina” | 17 |

Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico

| | |
|----------------------------|----|
| Agradecimiento | 25 |
| Introducción | 29 |
| Notas bibliográficas | 45 |

Primera parte. Fenomenología

| | |
|--|----|
| Capítulo primero. Las formas de la objetividad | 49 |
| Comienzo y sentido de la crítica | 49 |
| Primera forma de la objetividad: la “x”, constante del conocimiento (Kant) | 50 |
| La “desacreditada” cosa en sí | 51 |
| Espacio y tiempo como formas <i>a posteriori</i> | 56 |
| Antinómica | 60 |

| | |
|---|-----|
| Segunda forma de la objetividad: vaciamiento del sujeto en la ciencia | 75 |
| La eliminación de lo múltiple | 75 |
| La ciencia físico-matemática | 77 |
| Tercera y cuarta formas de la objetividad: la representación de mi mundo y la de “los otros” | 84 |
| Quinta forma de la objetividad: la trascendencia del sujeto | 85 |
| El solipsismo machadiano | 85 |
| El problema del otro | 89 |
| Notas bibliográficas | 94 |
| Capítulo segundo. La mirada erótica | 97 |
| Cuando uno se hace dos | 97 |
| Ojo y espejos | 101 |
| La mujer | 109 |
| Las “perversiones” eróticas | 114 |
| Los dos amores de Machado | 114 |
| Lo que sabe Onán | 116 |
| Amor dórico | 117 |
| El donjuanismo | 119 |
| Acercamiento de Machado al psicoanálisis | 127 |
| Notas bibliográficas | 130 |
| Capítulo tercero. Los dos grandes inventos | 132 |
| El platonismo | 133 |
| El cristianismo | 135 |
| Notas bibliográficas | 140 |

Segunda parte. Metafísica

| | |
|---|-----|
| Capítulo primero. El Gran Cero | 143 |
| Metafísica y ontología | 143 |
| El principio de alteridad | 151 |
| Dios es creador de la nada | 157 |
| Notas bibliográficas | 172 |
| Capítulo segundo. El tiempo | 174 |
| Tiempo y movimiento | 175 |
| “Hoy es siempre todavía” | 181 |
| Notas bibliográficas | 198 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo tercero. Dios y la muerte | 199 |
| El argumento ontológico | 204 |
| La muerte: el contraargumento ontológico | 211 |
| La muerte dentro de la vida | 215 |
| El agua: imaginación material de la alternativa ontológica | 220 |
| “Oscuro rincón que piensa” | 231 |
| Notas bibliográficas | 236 |

Tercera parte. Lírica

| | |
|--|-----|
| Capítulo primero. Poesía y filosofía | 241 |
| Esencia de la poesía | 241 |
| “Palabra en el tiempo” | 254 |
| ¿Trascendencia del tiempo? | 261 |
| Notas bibliográficas | 269 |
| | |
| Capítulo segundo. El Gran Pleno o conciencia integral | 270 |
| Las últimas lamentaciones | 271 |
| El ojo que todo lo ve al verse a sí mismo | 276 |
| Notas bibliográficas | 288 |

Tres ensayos sobre el *Quijote*

| | |
|--|-----|
| Introducción | 291 |
| | |
| Don Quijote: voluntad y representación | 295 |
| Notas bibliográficas | 304 |
| | |
| El curioso impertinente: variaciones filosóficas sobre un tema de Cervantes | 305 |
| Notas bibliográficas | 332 |
| | |
| Lucidez e ilusión en el <i>Quijote</i> | 333 |
| Notas bibliográficas | 365 |
| | |
| Bibliografía | 367 |

La obra de un maestro

Ana Lucía Fonseca R.
Alexander Jiménez M.

El maestro

Hay quienes pretenden aprender filosofía rumiando libros en el rincón de una biblioteca: quizás lo logren... Al menos se asomarán a la historia de la filosofía o a lo que de esa historia ha quedado registrado. La generación de estudiantes formada por Roberto Murillo aprendió en los libros, sí; pero fundamentalmente aprendió en sus lecciones “conversadas” en el aula y fuera de ella, filosofando al lado de nuestro maestro con seriedad y con humor.

Él conocía muy bien el mapa de múltiples recorridos filosóficos, pero hacía su propio camino. Nunca fue seguidor cautivo de escuela filosófica alguna, aunque tenía sus preferencias: dedicó estudios y seminarios inolvidables a Platón, Kant, Nietzsche, Bergson, con un poder de síntesis a la vez erudita e imaginativa.

Por eso, las palabras con las que Alain Vieillard-Baron caracterizó a Blas Pascal pueden ser aplicadas también al fondo existencial, humano y filosófico de Roberto Murillo. Para Vieillard-Baron, Pascal “tenía una lucidez clásica en la inteligencia y un arrobamiento barroco en el corazón” (“Pascal y su tiempo”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. III, n.º 12, 1962); también Roberto Murillo, pues en él se conjugaron una inteligencia poderosa, con vocación universal de geómetra, y una sensibilidad profunda, inquieta, pero a la vez intimista. No escribió su

obra en línea recta: en ella disfrutamos de los recodos, juega con la brisa de altura, desconcierta con ires y venires, “porque el camino de ida no es el mismo que el de vuelta”, como le gustaba decir.

Y si una imagen acompañó al maestro, aun en sus obras filosóficas más densas, es la del péndulo entre la tentación del ontologismo y la contingencia “del oscuro rincón que piensa”, entre el culto a las ideas platónicas y un inevitable “sentimiento de distancia”; en suma, entre la tentación del argumento ontológico, complaciente con la identidad del ser y el pensar, y el humano descreimiento escéptico, que opta por seguir viendo o buscando, antes que anclarse en un terreno seguro.

Su escritura

Roberto Murillo aporta a la institucionalidad filosófica costarricense una forma de pensar y de escribir a mitad de camino entre la cita erudita y densa y la metáfora bella y sugerente. Unas y otras están siempre presentes en sus textos más profesionales y en sus trabajos divulgativos. En ellos nunca hay solo ideas ni solo metáforas. Tratándose de un tipo de pensar imaginativo, es preciso la concurrencia de ambos recursos.

En relación con su escritura filosófica, cabe hacer una distinción entre la forma efectiva de escritura y sus reflexiones acerca de lo que esta debía ser. Aunque suelen coincidir, no siempre nuestro autor logra dar cumplimiento a su voluntad de escribir como si estuviera en medio de una conversación educada. Hay momentos en los cuales sus textos alcanzan una densidad y una complejidad técnica que los puede alejar de un lector o –para seguir su propia metáfora– de un “conversador educado” común.

Roberto Murillo insistía en la pertinencia de un tipo de escritura que no cayera en la tentación de la lejanía técnica, erudita o solemne. En su libro *Segundas estancias*, del año 1990, recuerda una cierta norma de elegancia: no hacer nunca visibles los esfuerzos, presentar lo difícil como fácil. Aquí podemos percibir una inclinación a pensar la escritura como un trabajo de traducción. En ese mismo libro hay un artículo titulado “Un elogio de la filosofía”, en el que se refiere al helenista Cornford, quien confesaba haber

intentado seguir la costumbre platónica de atenerse al lenguaje usual de la conversación educada y de evitar que cualquier palabra se convirtiera en un término técnico. También menciona a su querido Antonio Machado, para quien la retórica del buen decir debía estar al servicio de un correcto pensar.

Todo esto revela que apreciaba una forma de pensar y de escribir, de comunicarse filosóficamente, alejada de la jerga erudita, distante y falsamente solemne de las sectas filosóficas. Este aprecio se expresa en su voluntad de escribir de una manera clara, aguda, bella y sugerente. De ello hay numerosas muestras en sus ensayos filosóficos y en sus artículos periodísticos. Había en él un deseo de elaborar explicaciones redondas y de huir de un tono pesado y técnico. Antes bien, nos propone una escritura sugerente que logra llevar al lector a otra cosa detrás de lo que se está diciendo. Su capacidad de evocación permitía percibir al mismo tiempo un mundo y la otra cara de ese mundo.

Quizá en un sentido particular no pueda decirse que salía al mundo en busca de aventuras que implicaran poner en riesgo la vida, los bienes y la honra con el fin de deshacer entuertos, como era el caso de don Quijote. Pero en otro sentido resulta claro que era un aventurero y no el típico filósofo de escritorio o de salón, temeroso de encontrarse con el mundo. Ya desde su infancia fue un niño errabundo a quien los viajes imaginarios le eran especialmente queridos. Viajero de trenes y tranvías, decía haber hecho más viajes imaginarios que reales. Y sus viajes reales eran enriquecidos al ser luego elaborados por la criba de la imaginación. Como don Quijote, Roberto Murillo fue un niño que leía y no siempre sabía discernir los límites entre sus imaginaciones literarias y su vida en este mundo. Este desconocimiento infantil fue un adelanto de lo que luego aprendería con Parménides: lo mismo son el pensar y el ser. Pero, como ya mencionamos antes, no se quedó deslumbrado por el ontologismo, pues también aprendió de Heráclito que nadie se baña dos veces en el mismo río... y quizá ni siquiera una, como decía entre risas y algo de nostalgia.

Sobre esta obra selecta

Entre los años 2015 y 2018, la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica financió un proyecto de recopilación y edición de la obra

de Roberto Murillo, donde participamos como investigadores. El resultado de nuestro trabajo se ofrece ahora en cuatro volúmenes, con una división temática, a saber:

Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud. Excepción hecha de unos pocos textos, los de este volumen son inéditos, recogidos de cuadernos manuscritos que abundan en el archivo personal del autor.

Volumen II. Artículos periodísticos. Aquí se agrupa la mayoría de sus artículos periodísticos sobre paisajes y pueblos, personajes de la historia y de la filosofía, problemas filosóficos, educación y sentido de la universidad, para cerrar con una incisiva crítica a la política nacional y la vida pública.

Volumen III. Ensayos sobre obras literarias. Presenta dos obras ya publicadas: *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico* (Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, 1975) y *Tres ensayos sobre el Quijote* (1993).

Volumen IV. Ensayos sobre filosofía. Reúne dos ensayos, también ya publicados, sobre asuntos propiamente filosóficos: *Tres temas de filosofía* (1982) y *La forma y la diferencia* (1987). Esta última fue reconocida con el Premio Jorge Volio del Colegio de Licenciados y Profesores (1991).

Mientras los dos primeros volúmenes se dirigen a un público general, el volumen III y el volumen IV apuntan a un público con intereses más específicos en relación con la filosofía, la historia de la ciencia y la literatura.

Filosofar y poetizar

A propósito de los ensayos sobre Antonio Machado y el *Quijote*

Alexander Jiménez M.

Un libro paradójico

Cuando Roberto Murillo publica *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico*, es un joven de 35 años que, por ese trabajo, ganará el Premio Nacional de Ensayo de 1975. En esta obra de juventud ya pueden encontrarse las líneas o, quizá sea más preciso decir, el círculo que seguirá durante los siguientes veinte años de producción filosófica, hasta su muerte en 1994.

Nuestro autor sentía una clara predilección por el trabajo poético y filosófico de Antonio Machado. Frente a la cuestión de cuál era su autor favorito nunca dudó en mencionar el nombre del poeta español y, aunque es cierto que tenía un pequeño y selecto grupo de filósofos a quienes leía, releía y citaba con deleite y sin cesar, ninguno de ellos ocupa en su trabajo el lugar de Machado. Mientras ese conjunto de filósofos clásicos aparece en momentos puntuales de su argumentación, Machado es una presencia permanente, abundante y central. No solo forma parte de las referencias que le permiten elaborar un discurso metafísico sobre el mundo, sino que constituye una especie de marco poético persistente a la hora de ofrecer sus descripciones, memorias y ensoñaciones. Entre él y Machado hay una

sensibilidad poético-filosófica y un mundo compartido gracias a la común voluntad de escritura, del buen decir y del buen pensar.

En una nota preliminar, presenta su libro como un ensayo libre acerca del pensamiento filosófico de Antonio Machado. Ello implica que hay una conjugación de “reflexiones filosóficas y presentaciones poéticas, en un constante ir de lo uno a lo otro”. Filosofar y poetizar “de lo uno a lo otro” es algo que hizo en sus escritos, en sus clases, en sus conferencias y conversaciones. Este “ir de lo uno a lo otro” pone en juego un movimiento típicamente filosófico, un desplazamiento incesante sin el cual no es posible la riqueza de la filosofía. Cada vez que aparecen, “lo uno y lo otro” designan dimensiones distintas de la realidad. A veces es el ser y el pensar, el ser y el no-ser, la racionalidad y el mundo, el envés y el revés del mundo, lo oscuro y lo claro, la vida y la muerte. Otras veces designa el camino de la línea y el camino del círculo, la identidad y la diferencia, el pensar y el percibir, el pensar y el imaginar, eros y logos, eros y *kratos*. Más allá de los componentes del juego “de lo uno a lo otro”, interesa dibujarlo de manera oscilante, indeterminable, indeterminado, como el movimiento de una alternativa sin resolución, pues no hay una unidad que la cancele o subsuma.

El plan de este libro sobre Antonio Machado se perfiló en un seminario de posgrado dictado por Roberto Murillo en 1972. Quizá por eso conserva un tono de tesis. La densidad de los argumentos, la erudición, el estilo a veces enigmático hacen de este un libro que requiere de varias lecturas. Aunque la pretensión no es hacer crítica literaria o historiográfica, termina siendo un texto muy complejo, a menudo transido de una densidad impenetrable. Quizá haya que considerar que se trata de un texto de juventud, pues, en textos posteriores en los que se refiere a textos literarios, podemos seguir las mismas intuiciones filosóficas, pero enunciadas de manera menos densa.

Los usos filosóficos que hace el autor de la literatura no son instrumentales. Su afán es perseguir temas centrales de su indagatoria filosófica: paradojas y antinomias, tensiones irresueltas entre identidad y diferencia, eros y logos, la vida y la muerte, el ser y la nada. Es decir, aquello que buscó en Platón, Kant, Hegel y Bergson (para citar algunos de sus autores más recurrentes) también fue la razón de su búsqueda en los textos narrativos y poéticos de Machado, Cervantes, Proust, Hölderlin. No se acerca a

los textos literarios solamente como un filósofo que busca leerlos desde fuera. En buena medida, intenta dar a su interpretación un aura literaria y, a menudo, se desliza por la escritura mediante andamiajes claramente poéticos o narrativos. Así, el vínculo entre filosofía y literatura estuvo presente no solo en sus trabajos sistemáticos, sino que tuvo expresión en sus libros más literarios, así como en sus artículos de periódico, sus clases e incluso en una novela que quedó inacabada por su muerte prematura.

La filosofía –su filosofía– siempre estuvo más cerca de la poesía que de la ciencia. Pero ello no le impedía cultivar un profundo interés y conocimiento por las matemáticas, la geometría y la física. Todo esto aparece de una manera o de otra en su ensayo sobre Machado, cuyas páginas finales ofrecen un tono filosófico y místico, místico y filosófico. Se trata de un cierre escrito en un estilo sugerente, nunca sostenido en una misma nota conceptual, saltarín y evocador. Su idea es delinear el salto machadiano desde el yo finito hasta la mónada infinita, un pasaje en el cual se puede percibir la nostalgia y la alta contemplación del poeta español.

La “curva cervantina”

Tres ensayos sobre el Quijote es un libro relativamente breve, escrito en un período de madurez filosófica. Fue publicado en el año 1993 y ya entonces habían pasado casi veinte desde la publicación, en 1975, del libro *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico*. Roberto Murillo tenía 54 años y estaba cerca su muerte.

En este texto sobre el *Quijote* muchas cosas cambian en relación con el tono y la densidad de aquel otro libro temprano. En efecto, su ensayo sobre las formas de pensar y poetizar de Antonio Machado está escrito de una manera no siempre fácil de seguir. Digamos que la tesis que cruza el texto –la diferencia ontológica como centro de la metafísica y la lírica de Antonio Machado– era entonces desarrollada de un modo filosófico técnico y su lectura podía hacerse especialmente pesada. En este libro sobre el *Quijote*, en cambio, Roberto Murillo utiliza una escritura más madura y eso implica un lenguaje menos técnico y más cercano, quizá

debido a la naturaleza misma de la novela de Cervantes y a los asuntos que en esta le interesaban.

Hay otra diferencia importante entre los dos libros mencionados. El trabajo sobre Machado supone una investigación exhaustiva y sistemática. No es el caso de *Tres ensayos sobre el Quijote*, pues aquí estamos en presencia de una obra más bien circunstancial. Se compone de tres trabajos breves. Los dos primeros habían sido ya publicados: “Don Quijote: voluntad y representación” en la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (Vol. XXVIII, 67-68, 31-35, 1990) y “El curioso impertinente: variaciones filosóficas sobre un tema de Cervantes”, que fue su discurso de incorporación a la Academia Costarricense de la Lengua, aparecido en la *Revista Nacional de Cultura* N.º 9, en diciembre de 1990. El tercer ensayo, titulado “Lucidez e ilusión en el Quijote”, hasta ahora inédito, es el más completo y convincente acerca de los asuntos del libro.

En una breve introducción, nuestro autor parte de una especie de reclamo inesperado: la escasez de pensamiento en torno al *Quijote*. Luego esboza los tres “puntos orientadores” de su libro: la riqueza filosófica del *Quijote*, la conveniente ausencia de un sistema filosófico en el *Quijote* y la inconveniencia de abordar el *Quijote* desde algún sistema cerrado preconcebido. Leer de manera amplia un texto filosóficamente rico, pero que no es filosóficamente sistemático, es lo que se propone y lo que logra en este pequeño libro, guiado primero por una “lectura afectiva” que es “lo mejor que podemos hacer con el *Quijote*” y luego atendiendo a un conjunto de temas que es posible seguir en la “curva cervantina”, en compañía de filósofos recordados incesantemente en su ensayo sobre Machado: Platón, Kant, Hegel, Kierkegaard.

La pretensión de estos ensayos sobre el *Quijote* no es encontrar un principio explicativo unitario, sino orientarse hacia los contrapuntos y paradojas de una obra artística maestra. Por eso confiesa que su objetivo inicial era “explorar en el *Quijote* los temas de la paradoja, la amistad y la esperanza” y que no fue posible “un estudio filosófico exhaustivo”. Al final, y después de enseñar cursos doctorales, la ruta seguida fue esta: “ante las paradojas de la razón y de la vida, el *Quijote* propone la salida de la voluntad, el valor del caballero”. Habla de la derrota y la muerte del héroe que sucumbe ante la cordura.

Este tipo de sensibilidad opuesta al racionalismo formalista es evidente en el gusto de Roberto Murillo por las paradojas relacionadas con la identidad y la diferencia, el ser y el pensar, el querer y el amar. Para él, el *Quijote* presenta poéticamente algo que un texto tradicional de filosofía no podría mostrar: lo dual y lo paradójico como tales. Quizá sea esto a lo que llama la “curva cervantina”: un camino que los filósofos clásicos, con todo su valor, no están en capacidad de trazar.

Antonio Machado

Ensayo sobre su pensamiento filos3fico

A cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

A mi hijo Martín.

Agradecimiento

En este ensayo encontrará el lector un enfoque bastante libre del pensamiento filosófico de Antonio Machado, como homenaje a su memoria en el primer centenario del nacimiento. No es este un estudio exhaustivo, pues no cubre, por ejemplo, el ideario político de don Antonio. Mucho menos es un tratado erudito perteneciente a las ciencias del lenguaje. Se conjugan en él reflexiones filosóficas y presentaciones poéticas, en un constante ir “de lo uno a lo otro”.

El plan de este trabajo se perfiló en un seminario monográfico ofrecido en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, en el segundo semestre de 1972. Tengo que agradecer a esa institución haberme permitido hilvanar este ensayo mientras ocupaba yo la Dirección del mencionado departamento y, después, mediante una reducción de la carga docente acordada por el señor decano Chester Zelaya, haberme dado los medios para acabarlo.

Agradezco a todos los que me han ayudado de una u otra forma a preparar y publicar estas páginas. Debo destacar el consejo y el estímulo de Eladio García, y la lectura de partes del ensayo realizada por Hugo Montes, Constantino Láscaris, Víctor Manuel Arroyo y José Marín Cañas.

Roberto Murillo

*Solo tu figura
como una centella blanca,
en mi noche oscura.*

MACHADO. "OTRAS CANCIONES A GUIOMAR"

*¿Renunciaríamos a navegar, que es
caminar entre las estrellas, porque las
estrellas no pueden cogerse con la mano?*

MACHADO. JUAN DE MAIRENA

Introducción

La poesía de Antonio Machado me hizo intuir por vez primera que el concepto filosófico solo adquiere su plenitud en la transfiguración de la vida de los sentidos operada por el lenguaje. El escalofrío de la identidad dentro de la diferencia vive en mi recuerdo como una tormenta de nieve al inicio de la primavera soriana, desde un viento insólito por los cipreses del cementerio de Collioure, pensando con aparente serenidad la relación del ente con el logos, del logos con el eros. El pensamiento de Antonio Machado se me presentó como un círculo en que juegan la apariencia, la metafísica y la lírica; “el pensamiento más hondo –como decía Hölderlin– ama lo más vivo”. Así, me animó a escribir este ensayo sentir la convergencia de la vida de los sentidos y el sentido de la vida, cantando los poemas de Machado y meditando la prosa de sus dobles: Martín y Mairena. En cierta forma, este ensayo podría llevar el título con que originalmente lo pensé: “Eros y logos en Antonio Machado”. Entendiendo eróticamente la sensibilidad, podríamos mirar el círculo del pensamiento machadiano a través del enfoque magistral de Hegel:

Sentido es en efecto una palabra curiosa que, a su vez, se emplea en dos sentidos opuestos. Por una parte, designa en efecto los órganos que presiden la aprehensión inmediata; por otra, llamamos sentido la significación de una cosa, su idea, lo que tiene de universal. Es así como el sentido se relaciona, por una parte, con el lado inmediatamente exterior de la existencia y, por otra, con su esencia interior. La consideración reflexiva, en vez de separar las dos partes, actúa de manera que cada una de ellas se presente al mismo tiempo que su contraria, es decir, recibiendo de una cosa una intuición sensible, ella aprehende su sentido y su concepto.¹

La cordialidad con que escribo sobre un autor que he tenido durante quince años ante mis ojos, me hace pensar que Machado no habría dicho de nosotros lo que Zaratustra de las gentes de la plaza pública. “Pero todavía estoy lejos de ellos, y mi sentido no habla a sus sentidos”.²

Este ensayo versa sobre el pensamiento filosófico de Machado y sobre su intuición poética, en la medida en que esta es continuación, superación y transfiguración de tal pensamiento. No hay en él pretensión alguna de interpretación literaria ni abundancia de erudición crítica e historiográfica. Hay un esfuerzo, cuyos logros no prejuzgo, por situar el pensamiento machadiano en las grandes líneas de la filosofía occidental, por mostrar los resultados de una prolongada simpatía con él, en el sentido que Bergson daba a este término.

El pensamiento filosófico de Antonio Machado se mueve entre la dialéctica socrática y la eidética platónica; entre una docta ignorancia y una nostalgia, matizada de creencia en la intuición de las ideas. “Sabido es que Mairena sostuvo, alguna vez, que el dicho socrático ‘solo sé que no sé nada’ contenía la jactancia de un excesivo saber, puesto que olvidó añadir y *aún de esto mismo no estoy completamente seguro*”.³ Aun así, Sócrates ve premiada su modestia por los dioses espléndidos: “Recordad a Sócrates, que no quiso ser más que un amable conversador callejero, y al divino Platón, su discípulo, que puso en boca de tal maestro lo mejor de su pensamiento”.⁴ Machado prevé, en un futuro indefinible, un renacer del platonismo, de los superlativos eleáticos, de la ingenua fe anselmiana en la razón, aunque esa eidética no sea más que uno de los polos de su filosofar. Recordemos aquel proverbio en que Machado espera del ave divina, desplumada por Kant, el salto de la tapia crítica y el “volar/ otra vez/ hacia Platón./ Hurra ¡Sea!/ ¡Feliz será quien lo vea!”.⁵ Con su modestia habitual, dice en el borrador del *Discurso a la Real Academia*: “Estudí el griego con amor, por ansia de leer a Platón, tardíamente y, tal vez por ello, con escaso aprovechamiento”.⁶ Su platonismo está en su apertura a una intuición intelectual revivida por la escuela fenomenológica (la de Friburgo), a la que a veces sigue, a veces se adelanta, sin abandonar nunca la duda del viejo Sócrates, ni metódica ni sistemática, sino orientada por la autenticidad personal y por la lucidez y la vigilia... sin desilusión.

De un filosofar connatural a su persona y carácter, a una filosofía esbozada y fragmentaria, pero esencial: conviene introducirse en el pensamiento de Antonio Machado, precisando el estilo y la intención del filosofar, así como el método e itinerario de su filosofía. Desde Kant, a través de sus cursos con don Francisco Giner de los Ríos en la Institución Libre de Enseñanza, todo inclinaba a Machado a una actitud mayéutica, muy contraria al sistema dogmático. Sin embargo, de Machado, como de todo pensador de valía, por importante que sea la herencia de su gesto y actitud, queda un hilo conductor de pensamientos. Machado se inclinaba más, sin duda, por la identificación kantiana de la filosofía con el filosofar, que por la hegeliana de la filosofía con la ciencia. Muy lejos de él estaría suscribir el siguiente propósito de Hegel: “Colaborar en que la filosofía se aproxime a la forma de la ciencia, alcanzado lo cual puede dejar su nombre de amor al saber para ser un *real saber*, es lo que me propongo”.⁷ No obstante, hay un contenido en el pensamiento de Machado, aunque no estructurado arquitectónica ni sistemáticamente, sí desarrollado con exactitud y rigor, como pocos en lengua castellana. Cual tramos de una calzada de primer orden, los textos filosóficos de Machado son un desafío tanto mayor cuanto difícil y vano sería intentar completarlos y exponerlos en doctrina cerrada. Fragmentarios, parecen resentirse de la nostalgia de Machado por el vuelo auroral del ave platónica, distinta del búho hegeliano de Minerva, que se levanta en la última hora del día. La filosofía de Machado se sostiene en una apuesta platónica, expresada por Mairena en las siguientes sugestivas palabras: “¡Bah! ¿Renunciaríamos a navegar, que es caminar entre las estrellas, porque las estrellas no pueden cogerse con la mano?”.⁸

No resumiremos aquí la biografía de Machado, tan brillantemente expuesta por los especialistas.⁹ Solo conviene subrayar los hitos de su vida en cuanto se relacionan con el sesgo de su filosofar y con la expresión de su pensamiento, tal como se presentan en este ensayo. La vocación filosófica de Machado, por auténtica, no tiene fecha de nacimiento. No en vano cita Machado en el tomo segundo de Mairena un poema de 1907, heideggeriano *avant la lettre*, en que evoca una angustia de niño, con la muerte como temprana compañera.¹⁰ De su actitud filosófica cabe decir lo que de su vida toda: modestia orgullosa, autenticidad callada y efusiva. El pensamiento es a la vez vigoroso y humilde, profundo e irónico, en un juego significativo

de aproximación y distancia. Si algo deja, empero, profunda huella en Antonio Machado, es su asistencia, entre 1883 y 1888, a la Institución Libre de Enseñanza, que se había establecido al iniciarse en España el movimiento krausista con don Julián Sanz del Río. Cuando nuestro poeta la frecuentó, era una escuela de párvulos, con un acento de pedagogía libre y de ética estoica, con una actitud liberal y masónica, en torno a la cual se organizaba una vida cultural superior. Sin ser una escuela de filosofía, suscitaba en sus alumnos una preocupación ideológica, contraria a la filosofía tradicional cultivada en España, más vinculada a la Iglesia que a la teología. Machado recuerda con veneración y cordialidad a ese maestro casi místico que fue don Francisco Giner de los Ríos.¹¹ De los krausistas tomará, sin duda, el germen de la idea de la inclusión del mundo en Dios por vía de negación, pues es esta una versión del “panenteísmo” de Krause: Dios no se identifica con el mundo, sino que lo sobrepasa, estando el mundo en Dios.¹²

No siguió Machado inmediatamente estudios formales de filosofía, sino que vivió aquella bohemia artística del tránsito de siglo, en la cual tuvo tanta importancia la presencia y la obra de Rubén Darío. Los años 1898 y 1899 son decisivos: en el primero se da el “desastre” de la pérdida de Cuba. Comienza a cuajar en círculos intelectuales una nueva conciencia filosófica, política y estética; 1899 es el año del primero de sus tres viajes a París. “París era todavía la ciudad del ‘affaire Dreyfus’ en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica. Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Jean Moréas. La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France”.¹³ Con todo, parece que se aplica ya a esos años lo que dirá más tarde: “Si algo estudié con ahínco fue más de filosofía que de amena literatura. Y confesaros he que con excepción de algunos poetas, las bellas letras nunca me apasionaron”.¹⁴ Lo que sí constituye un hito en la formación de Machado es su tercer viaje a París, ya en compañía de su esposa Leonor. Allí, según cuenta en su Discurso de ingreso a la Real Academia¹⁵, asistió a un curso de Henri Bergson en el Colegio de Francia; pero no dice a cuál de los dos que impartió Bergson en el año académico 1910-1911: uno sobre *La personalidad* y otro sobre el *Tratado de la reforma del entendimiento*, de Espinoza.¹⁶ Suponiendo que hubiera escuchado este último, habría sido un segundo contacto decisivo de Machado con una cierta forma de *panteísmo* en que la esencia divina se revela en forma inmediata a la más alta forma de conocimiento, dejados

atrás los modos menos seguros del conocimiento mediato. Bergson dice haber insistido en este curso “sobre las condiciones del conocimiento intuitivo, tal como Espinoza lo entiende, y sobre la concepción espinosista de la *idea verdadera*”.¹⁷ El entusiasmo de Bergson entonces debió haber sido proporcional a su aserto de 1927: “...podría decirse que todo filósofo tiene dos filosofías: la suya y la de Espinoza”.¹⁸ Como quiera que haya sido, tendremos ocasión de situar la influencia de Bergson a propósito de los más diversos temas del pensamiento machadiano, muy principalmente en la paradoja de detectar, por eliminación de ciertas ilusiones necesarias, una cierta inmediatez terminal.

Antonio Machado es uno de los hombres sobresalientes de la generación del 98. No es preciso repetir aquí todo lo bien conocido de su inserción en ella, sino más bien subrayar el relativo apartamiento del poeta, profesor de francés en provincias durante años. Rafael Moragas (un amigo personal de Baroja, de Lorca, de Ortega, contertulio de los primeros hombres de la intelectualidad española de la época) me contaba en su exilio alsaciano acerca de un Machado solitario y verdaderamente bueno, que solo muy de tarde en tarde frecuentaba las tertulias. No hay que extrañarse de que habiéndosele preguntado, en una entrevista, por su relación con la generación del 98, Machado contestara: “Soy posterior a ella. Mi relación con aquellos hombres –Unamuno, Baroja, Ortega, Valle-Inclán– es la de un discípulo con sus maestros. Cuando yo nacía a la vida literaria y filosófica, todos aquellos hombres eran ya valores cuajados y en sazón”.¹⁹ Y es que, en efecto, compartiendo con ellos coyunturas políticas, lecturas y fobias, se aparta en la medida en que busca de una manera muy íntima y radical las verdades más difíciles e inocentes de la filosofía (siempre actuante y siempre inactual), con sobriedad de forma y contenido, con perfección en el trazado. Su filosofar suena más auténtico que el de Unamuno y Ortega, aunque, desde luego, menos profesional. Por más que se haya dicho discípulo de Unamuno, es notorio que tal discipulado expresa más reverencia, admiración, solidaridad generacional que continuación doctrinal.

Siendo Machado uno de los más grandes poetas de la hispanidad, es significativo su temperamental “estar fuera del juego”, sin asomo de misantropía, como se puede ver por su correspondencia, “elogios” y lecturas, solo que en plan de una distancia proporcional al “peligro”

del “poematizar”. De esa actitud diríamos lo que Heidegger expresa del quehacer poético de Hölderlin: “¿Cómo esta obra, peligrosa entre todas, podría actuar y preservarse, si el poeta no estuviera ‘lanzado fuera’... de lo habitual del día, y protegido *contra* esto habitual por la apariencia inofensiva que presenta su ocupación?”.²⁰ Machado no es “un hombre al uso que sabe su doctrina”, ni un narcisista lírico de escuela de vanguardia. La seriedad de su poesía se mide por su aproximación a la filosofía, pero su más alta y sutil seriedad está en saber naufragar, como filósofo, en la poesía esencial. En su destino está el ir de lo uno a lo otro, sin perder la conciencia de la alteridad. Así se explica que desde temprano manifieste una tendencia a dolerse del agostamiento de su vena lírica, sustituida por una filosofía que no la supera. Hay en ello algo de ese sentimiento de preterición del futuro, dando por terminado lo finito, de nostalgia porque aún lo porvenir puede ya ser visto como pasado, al modo de Nietzsche. Así dice a los 32 años de edad:

Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo en monedas de cobre
el oro de ayer cambiado.²¹

Pero Machado conoce la alquimia que transforma el cobre en oro, y aun en oro de más quilates que el inicial. La continuidad de su pensamiento poético-filosófico no se quebranta en los años de Baeza, cuando intensifica sus estudios rigurosos de filosofía, allá en la ciudad universitaria en San Juan de la Cruz y del Beato Ávila, tal como lo cuenta Macrí:

¡[...] el estudio del griego a fin de leer a Platón y a Aristóteles!; el descubrimiento de Descartes y de Kant; el reordenamiento de los apuntes tomados en las conferencias de Bergson [...]. En efecto, consigue, después de haber estudiado tres años como oyente en la Universidad de Madrid (1915-1917), la licencia en filosofía, estando entre los examinadores Bartolomé Cossío y Ortega y Gasset.²²

Machado hubo de sufrir, sin embargo, una aguda crisis personal para que todo este bagaje filosófico alcanzara plena expresión; habiéndose sumido

cada vez más en su nostalgia de amor y en su soledad radical, siente, en los años de Segovia, alrededor de 1926, que debe buscar otros caminos de expresión: parecen cumplirse las premoniciones sobre el fin de su lírica. Esta solo renacerá magnífica en el contexto de otros géneros y de otros registros de pensamiento. Dice una destacada conocedora de su bibliografía:

Diríase que para 1926 está cansado de lo que venía haciendo, busca algo nuevo, y lo encuentra y lo hace arte. Diríase también que para aquel año ha agotado el pozo de su soledad y ha llegado a un hondo estado de melancolía rayando en la desesperación... Del sentimiento no puede vivir más: poeta y filósofo, poeta y dramaturgo, pero poeta lírico a secas, no.²³

Se prepara en Machado ese momento de plenitud conjunta de su logos y de su eros, en que se empareja la metafísica de su personaje Abel Martín, con el encuentro de Pilar Valderrama, la Guiomar del *Cancionero apócrifo*. En este libro están los fundamentos de la filosofía de Machado, que será desarrollada y glosada en algunos aspectos por Juan de Mairena, el discípulo de ese filósofo apócrifo, dionisiaco y erótico que fue Abel Martín.

Los últimos años de Machado, los de la Guerra Civil Española, son una odisea de Madrid a Valencia, después a Barcelona y finalmente a Collioure, en la emigración, la pobreza, el dolor del abandono irreversible de la tierra muy amada, la derrota de unas ideas políticas anegadas por espantosos acontecimientos, la muerte. El tomo segundo de Mairena y las canciones de la Guerra Civil son un testimonio de esa época y pertenecen, como el resto de la obra de Machado, al peculio de la hispanidad.

Si hubiéramos de caracterizar el filosofar de Machado atendiendo a su origen psicológico, lo haríamos mediante el binomio admiración-escepticismo. La perplejidad de Machado no se suscita ante la regularidad astronómica, ante el orden cósmico aparente en el espacio, como el “asombro” que Platón y Aristóteles situaban en la base de toda filosofía; en Machado tal asombro se despierta frente a la finitud de su propia existencia en el tiempo, de este “permanecer todavía” en el fiel de la balanza ontológica, entre el ser y la nada. Dice bien un fino estudioso de la obra machadiana:

Cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se agrupen sus poesías... siempre veremos surgir repetidamente la nota de melancolía. Y no creo que haya tampoco mucha duda en cuanto a la razón *última* de ese estado de alma suyo: la causa es la falta de Dios; o si se quiere decir de otro modo, la presencia de la muerte; o el tiempo, que lleva a la muerte. Aunque esto no quiere decir que Machado estuviese muy apegado a la vida. Mucho más visible en sus poesías que el ansia de inmortalidad, era el asombro que le producía estar viviendo; y con mucha más frecuencia que desesperación, expresaba él melancolía.²⁴

Es la vivencia, previa a toda tematización, de la perplejidad que Leibniz lleva al lenguaje cuando pregunta: “¿por qué hay ente, y no más bien la nada?”; o bien, agregaríamos: “¿por qué la nada en el ente, y no más bien el ser?”. “Admiración-escepticismo”: el asombro, origen del filosofar, es también el signo hacia su trascendencia, porque la tematización del sentimiento básico va acompañada de la sospecha de sus propios límites. Es un escepticismo de segundo grado, pues desconfía de una inteligencia que, convencida de las paradojas radicales adonde conduce su ejercicio, no puede impedir que el mundo continúe haciéndose canción. “Más profundo que mi propio pensar está mi confianza en su inania, la fuente de Juventa en que se baña constantemente mi corazón”.²⁵

Si etimológicamente “escéptico” quiere decir “buscador”, Antonio Machado lo es más que Francisco Sánchez, con su célebre afirmación: “que nada se puede saber”; pero también más que Descartes, cuya duda, por metódica, es dogmática, pues presume que después de lo dudoso con seguridad se encontrará lo indudable. Machado “busca a Dios entre la niebla”, aunque sospecha poéticamente, tras la búsqueda y la duda, una plenitud lírica que se dice como “palabra en el tiempo”.

Mairena defiende el escepticismo del argumento “contra escépticos”. Dice: “Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: ‘Quien afirma que la verdad no existe pretende que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción’. Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido, seguramente, a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos *no lo convencen*. Tampoco pretende él convencer a nadie”.²⁶ El escéptico con gracia es el escéptico al

cuadrado y, por ende, el que mira con humor las cosas del escepticismo, expresándose más o menos así: “Cuando pienso que la verdad no existe, pienso, además, que pudiera existir, precisamente por haber pensado lo contrario, puesto que no hay razón suficiente para que sea verdad lo que yo pienso, aunque tampoco demasiada para que deje de serlo”, a lo cual agrega inmediatamente Mairena: “De este modo nadáis y guardáis la ropa, dais prueba de modestia y eludís el famoso argumento contra escépticos, que lo es sólo contra escépticos dogmáticos”.²⁷

Hay un *solear* con que “encabeza Mairena muchas de las notas filosóficas que escribía para sí mismo”:

Confiamos
en que no será verdad
nada de lo que pensamos.²⁸

Es una “solearilla antieleática” que sostiene que “el ser no es nunca pensado; contra la sentencia clásica, el ser y el pensar (el pensar homogeneizador) no coinciden ni por causalidad”. Pero la falta de conciencia no puede afirmarse dogmáticamente.

La palabra *almohada* de la copla: ‘confiamos’, parece referirse más a la creencia que al conocimiento. De este modo procuraba Mairena matar dos pájaros –acaso tres– de un tiro. Porque, en primer término eludía –o creía eludir– el argumento contra escépticos. Si en efecto hubiera dicho: *pensamos* o *sabemos* que nuestro pensamiento es falso, el contenido negativo de la frase anulaba [su] valor afirmativo [...].²⁹

En ello, el escepticismo duplicado es más modesto que el otro. Observemos, no obstante, que no pone, por ejemplo, la palabra “suponemos” o “sospechamos” sino la otra “confiamos”, con un matiz emocional positivo: la alegría de presentir los límites de un saber nostálgico y paradójico.

En segundo lugar, la adopción de la copla proyectaba una cierta luz sobre este dicho suyo [de Mairena], que a muchos parecía envuelto en misterio: ‘El fondo de mi pensamiento es triste; sin embargo

yo no soy un hombre triste, ni creo que contribuya a entristecer a nadie'. Dicho de otro modo: la falta de adhesión a mi propio pensar me libra de su maleficio [...].³⁰

Si hacia el fin de su vida Machado persiste en el fondo mágico de su espíritu, cualquiera que sea la marcha de su pensamiento de vigilia y rectitud, su alegría suprarracional, un poco bergsoniana, no se deja nunca tentar por el irracionalismo. A los tiempos de Mairena, a los de Machado y a los nuestros se aplica lo de que las aguas de la Fuente Castalia están muy hondas, allí donde la musa permanece encantada:

Para alcanzarlas se siguen muchos senderos descaminantes y desorientadores, por desdén de la amplia vía de la razón, que es camino de todos, aunque no todos, sino muy pocos, sepan donde conduce. El gran pecado de nuestro tiempo –decía Mairena a sus alumnos–, en que muchos se buscan y casi nadie se encuentra a sí mismo, es el apartamiento de las calzadas imperiales y la constante búsqueda de los falsos atajos y de las sendas caprichosas, que no llevan a ninguna parte. Con fútiles pretextos hemos abandonado la metafísica, el pensar metafísico que es el específicamente humano, abierto a la espontaneidad intelectual y a los cuestionarios infantiles, para seguir las líneas tortuosas del dandismo delicuescente o de una madurez embrutecida por la fatiga y el alcohol.³¹

Tres pájaros y una misma piedra: desconfianza en la razón, confianza en un fondo de alegría y de plenitud, prohibición de los caminos del irracionalismo para llegar hasta él. El escéptico puede y debe seguir buscando racionalmente, así sea entre paradojas, consciente del salto que va desde ese tortuoso camino hasta el Gran Pleno, pero consciente también de que este se expresa graciosa y líricamente, no mediante una claudicación del pensamiento a favor del activismo, del pragmatismo, de la poesía pura o de las drogas. La lírica no releva de la más estricta investigación metafísica.

Desde luego, el filósofo “escéptico” debe distinguirse tanto del individuo novedoso como del erudito pedante, cosas que, por otro lado, no se excluyen. Mairena aconsejaba a sus discípulos ser originales, pero los ponía en guardia contra la superficialidad de los noveleros. Tanto al pensamiento

como a la acción es aplicable el siguiente texto: “Uno de los medios más eficaces para que las cosas no cambien nunca por dentro es renovarlas –o removerlas– constantemente por fuera. Por eso, decía mi maestro, los originales ahorcarían si pudieran a los novedosos, y los novedosos apedrean cuando pueden, sañudamente, a los originales”.³² En efecto, el que realmente piensa se encuentra en una cierta aporía frente al sabedor de cosas, que a veces degenera en sabelotodo o sabihondo; si dice lo que ha repensado por su cuenta, cualesquiera sean las fuentes de que ha partido su pensamiento, se verá retrotraído a esas fuentes, puesto que lo que dice él “ya lo han dicho fulano y mengano”; si, intimidado, oculta su pensamiento detrás de las citas de los autores, se le convencerá de inexactitud y de falta de información. Decía al respecto Mairena:

Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello –claro es– tenéis que renunciar al aplauso de los *snobs* y de los frenéticos de la novedad; porque esos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis y aun pensarán, además, que vosotros lo habéis leído también, aunque en ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído.³³

Si en este punto, como en el del escepticismo, hubiera que matar tres pájaros con una misma piedra, habría que dirigirse ahora a los que no leen los clásicos, porque su presunción y su debilidad los conducen a creer que en cada instante el pensamiento humano se destruye y renace por obra de ellos, que actúan como demiurgos de la discontinuidad.

Un maestro y compañero del autor ha sostenido que Machado es uno de los tres primeros pensadores del siglo XX español, después de Ortega y antes de Unamuno en orden de importancia.³⁴ Fuera de comparaciones, cabe decir que Machado tiene el sentido de la profundidad sin concesiones y el rigor técnico en el tratamiento de los problemas permanentes de la filosofía, aunque no elabora –y da razones para no hacerlo– un sistema en que la doctrina se organice arquitectónicamente. Sostiene la primacía de la profundidad sobre la claridad, aunque su estilo es de una claridad envidiable, en frases en que, no obstante, nada tiene desperdicio, como en

la mejor tradición conceptista. Mairena dice algo que don Antonio bien podría haber escuchado de labios de Giner de los Ríos:

Por eso yo os aconsejo –¡oh dulces amigos!– el pensar alto, o profundo, según se mire. De la claridad no habéis de preocuparos, porque ella se os dará siempre por añadidura. Contra el sabido latir, yo os aconsejo el *primum philosophari* de toda persona espiritualmente bien nacida. Sólo el pensamiento filosófico tiene alguna nobleza. Porque él se engendra, ya en el diálogo amoroso que supone la dignidad pensante de nuestro prójimo, ya en la pelea del hombre consigo mismo. En este último caso puede parecer agresivo, pero, en verdad, a nadie ofende y a todos ilumina.³⁵

Tendremos ocasiones de mostrar que Machado comparte con Ortega y sus discípulos, y con buena parte de la élite intelectual hispanoamericana, un especial aprecio por la filosofía alemana. No obstante, señala la tendencia de esta filosofía a lo desmesurado: a la *hybris* (castigada sin piedad por los dioses griegos), a una fatal lucha contra la forma, a un traspasamiento de los límites, perfilados por la óptica mediterránea. Este es el sentido de la retórica de Mairena: un arte del buen decir al servicio apolíneo de la forma del buen pensar: “Nosotros somos, antes que nada, estudiantes de Retórica. La Retórica es una disciplina importantísima. Por falta de Retórica, los germanos, maravillosamente dotados para la metafísica, no han constituido, sin embargo, nada tan sólido como la filosofía de los griegos. La Retórica ha de enseñarnos a hablar bien”.³⁶ Nietzsche no cesa de deplorar esa diferencia, y no está solo en ello: en la época más fecunda del pensamiento alemán se siente la mayor nostalgia de los griegos, no de su pretendida armonía pura, sino de su extraño equilibrio entre el logos y el pathos.³⁷ Mairena subraya el riesgo que corre el sistema, demasiado seguro de sí mismo, de perder contacto con el escepticismo y con el asombro, orígenes insuperables del filosofar. “Se inventarán nuevos sistemas filosóficos en extremo ingeniosos, que vendrán, sobre todo, de Alemania, contra nosotros los escépticos o filósofos propiamente dichos. Porque el hombre es un animal extraño que necesita –según él– justificar su existencia con la posesión de alguna verdad absoluta, por modesto que sea lo absoluto de esta verdad [...]”.³⁸ Pensando quizá más en el estilo que en lo

colosal del sistema, o en un estilo que, por desmañado, lleva a la desmesura sistemática, apunta Mairena ya en la época de la Guerra Civil: “Cuando contemplamos algunos de esos gigantes, rascacielos de la metafísica, por ejemplo, el de Hegel, dudamos, algo frívolamente, de que su arquitecto, un hombre de tan mal gusto, pueda haber coincidido alguna vez con la verdad”.³⁹ ¡Cuántas veces, sin embargo, el pensamiento de Machado coincidirá con el de Hegel en ese intento por superar la crítica kantiana hacia un monismo de autocomprensión donde, sin embargo, la diferencia se muestre inagotable!

Si es posible situar el filosofar de Machado, su estilo y su temple de ánimo, es más difícil responder por el método e itinerario de su filosofía. Pienso en un camino que no sea el histórico, biográfico o bibliográfico de Machado, sino, sin desprecio alguno por él, en un concepto del ente. En vano buscaremos en Machado una teoría del método, según se ha producido en los tiempos modernos, que se han saturado de cuestiones metodológicas hasta la reducción al absurdo. Desde el *Discurso del método* cartesiano hasta la *Fenomenología del espíritu* de Hegel o el positivismo lógico, la filosofía ha buscado acotar y determinar el método de la ciencia sin lograr, ni de lejos, precisar el suyo propio. Ello obedece quizá a la estructura de la razón humana, que se encuentra en una antinomia frente a los problemas últimos: o los aborda e incurre en las paradojas consecuentes, o los evita mediante omisiones de sentido pragmático, ricas en una metafísica solapada y restrictiva. Así, cuando Hegel sitúa, al comienzo de su sistema, el problema mismo del comienzo, nos conduce a un “círculo virtuoso”, donde el comienzo fáctico es el fin teórico y el comienzo teórico, el práctico. Es la prioridad de la fenomenología sobre el sistema, o de este sobre aquella, en una ambigüedad nunca completamente descifrada. La fenomenología supone el sistema, siendo este su metalenguaje, el “para nosotros” o “para el filósofo”, que mira sobre los hombros de la conciencia ingenua. Pero el sistema supone a su vez la vía purgativa de la conciencia ingenua, donde verdad y certeza marchan hacia su identificación real a través de la superación de sus identificaciones precarias e ilusorias.⁴⁰ Si, por otra parte, consideramos la línea de pensamiento que conduce al positivismo, lógico o no, detectamos una constante tendencia a erigir las metodologías parciales y restringidas en criterio de sentido de una filosofía que, precisamente por

acotarlas, las trasciende. Para evitar la paradoja de aplicar al metalenguaje criterios válidos solo en el lenguaje-objeto, el pensamiento positivista se toma, en el metalenguaje, libertades que no confiesa. El espíritu positivo cree haber superado ya la edad de la creencia y la edad del pensamiento abstracto. Este envuelve las paradojas de la razón existencial, aquella dirime las antinomias afirmando cordialmente uno de sus miembros, y cuando la metodología positivista logra imponerse como metodología universal, oculta una creencia que, precisamente por no estar explícita, no se ve obligada a la ponderación de la balanza metafísica, junto a la creencia contraria. Una eventual teoría machadiana de los métodos del pensamiento no podría comulgar con el ideal de la “filosofía como ciencia estricta”, ni con el deleznable optimismo epistemológico del novecientos.

Lo propio de nuestra época es vivir en plena contradicción, sin darse de ello cuenta, o, lo que es peor, ocultándolo hipócritamente. Nada más ruin que un escepticismo inconsciente o una sofística inconfesada que, sobre una negación metafísica que es una fe agnóstica, pretende edificar una filosofía positiva. ¡Bah! Cuando el hombre deja de creer en lo absoluto, ya no cree en nada. Porque toda creencia es creencia en lo absoluto. Todo lo demás se llama pensar.⁴¹

Detrás del positivismo hay una fe, que será con más frecuencia una fe nihilista que una creencia ontológica, y que se ahorrará el paso por la metafísica de la “antinomia de la creencia pura”.

Preguntarse por un itinerario “de derecho” en el pensamiento machadiano es afrontar las diferencias de nivel de las zonas de la creencia, del pensamiento y de la apariencia, es aceptar las paradojas del método y su trascendencia hacia el pensamiento poético. He intentado seguir en este ensayo un método, un camino, que me parece no arbitrariamente impuesto al contenido de la filosofía de Machado. Sigo las certeras indicaciones, de corte libremente hegeliano, de un reciente artículo de Dominique Dubarle, titulado *La méthode de la philosophie*.⁴² Este trabajo presenta históricamente los métodos de los grandes filósofos como lo que son, según la etimología: itinerarios, caminos. El autor muestra que antes de Hegel, ya Parménides, Platón y Descartes habían hecho un trayecto en dos etapas: por un lado, el “epánodos” o ascenso desde lo incierto hasta lo que

se presiente como cierto y verdadero; por el otro, el descenso o regreso al punto de partida, iluminado entonces y transfigurado desde la luz de lo cierto y verdadero. Hay en ello una analogía con la mística: con el mito que, maravilloso, según el decir de Aristóteles, es origen de la filosofía. El vuelo místico es también un ascenso desde la noche oscura hacia “la luz que ve, increada”... esa aurora indecisa de las últimas lamentaciones de Abel Martín. La filosofía es algo más y algo menos: su luz no puede expresarse sin paradojas, sin una inagotable vigilia escéptica, pero debe dar cuenta racionalmente de las sombras.

El hilo conductor de este ensayo nos lleva a seguir el pensamiento de Machado por el camino de la mejor tradición filosófica, sin renunciar a una plenitud luminosa que en él es más lírica que mística. Destacamos tres estadios:

- a) Un momento “fenomenológico” en el sentido hegeliano, donde se examinan críticamente las “pretendidas formas de la objetividad”, en busca de algo originariamente inmediato que ha sido mediatizado en los niveles de la experiencia y del conocimiento. La culminación de esta primera fase del itinerario machadiano es la identificación entre apariencia y realidad, la supresión de la distancia kantiana que hace imposible la metafísica. Pero la fenomenología no conduce en Machado a un reino incontestable de la identidad, de las ideas, de certidumbre apodíctica o de absoluto.
- b) Al cabo del “epánodos”, en la cima, no se encuentra sin más la plenitud de plenitudes del argumento ontológico anselmiano, sino la metafísica “de la antinomia de la creencia pura”, la balanza de la alternativa ontológica, sin opción excluyente, donde el ser humano, ese “oscuro rincón que piensa”, hace un camino inédito e irrepetible, a igual distancia de esos límites nunca actuales que son el “Gran Cero” y el “Gran Pleno”, “siempre buscando a Dios entre la niebla”.
- c) Pero el ser humano no se contenta con la paradoja. Como poeta, como creador, afirma por “razones” cordiales uno de los miembros de la antinomia, y por la actividad sensible que dimana de su fe, transfigura líricamente el mundo de la apariencia, lo hace emerger desde la “palabra en el tiempo”.

Así, las tres partes de este ensayo: “Fenomenología”, “Metafísica” y “Lírica” dividen y ordenan el pensamiento de Antonio Machado de una manera que, si bien no aparece explícita en ninguno de sus textos, intenta, empero, justificar ese ordenamiento, ese camino circular esclarecido, ese proceso en que cada figura es tan importante como el todo y el desenlace.

Aclaración sobre las notas de todo el ensayo

La referencia a las obras de Antonio Machado se hará de la siguiente manera:

A, con indicación de página, remite a la edición de las obras completas hecha por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre (1964). Obras. Poesía y prosa. Buenos Aires: Losada.

B, con indicación de página, se refiere a la muy conocida edición de las llamadas Obras completas de Manuel y Antonio Machado (1957). Madrid: Plenitud.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca de los editores

Ana Lucía Fonseca Ramírez es filósofa. Con una carrera profesional de más de treinta años como docente e investigadora en la Universidad de Costa Rica, fue asistente y amiga personal de Roberto Murillo, a quien le debe, en muy buena parte, su gusto y dedicación a la filosofía.

Alexander Jiménez Matarrita es filósofo e investigador de la Universidad de Costa Rica. Ha estudiado el pensamiento filosófico costarricense en relación con los imaginarios sociales, las identidades y los patrones de convivencia.

Corrección filológica: *Óscar Alvarado V. y Graciela Gutiérrez J.*
Revisión de pruebas: *Sherlyn Jiménez B. y Fabiola Benavides P.*
Diseño de contenido y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Raquel Fernández C.*
Ilustración en la página 3: "Doble retrato de Roberto Murillo", sin fecha.
Rapidógrafo sobre papel, *Ricardo Ulloa Garay.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2025.

Cuando Roberto Murillo publica su ensayo sobre Antonio Machado, es un joven de 35 años que, por ese trabajo, ganará el Premio Nacional de Ensayo (1975). En esta obra de juventud ya puede vislumbrarse la ruta circular que seguirá durante los siguientes veinte años de producción filosófica, hasta su muerte en 1994.

Tres ensayos sobre el Quijote (1993), en cambio, es un libro escrito en un período de madurez filosófica. Muchas cosas cambian en relación con el tono y la densidad de aquel otro libro temprano: su lenguaje es más cercano, para mostrar la dualidad y la paradoja en el círculo de la existencia.

ROBERTO MURILLO Z.
OBRA SELECTA

VOL. IV
ENSAYOS SOBRE FILOSOFÍA

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES

ROBERTO MURILLO Z.

OBRA SELECTA
(1939-1994)

VOL. IV
ENSAYOS SOBRE FILOSOFÍA

ANA LUCÍA FONSECA RAMÍREZ
ALEXANDER JIMÉNEZ MATARRITA
EDITORES



EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4234

Nombres: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994, autor.
| Fonseca Ramírez, Ana Lucía, editora. | Jiménez Matarrita, Alexander, editor.
Título: Roberto Murillo Z., obra selecta (1939-1994) /
Ana Lucía Fonseca Ramírez, Alexander Jiménez Matarrita, editores.
Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025.
| Contenido: Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud –
Volumen II. Artículos periodísticos – Volumen III. Ensayos sobre obras literarias –
Volumen IV. Ensayos sobre filosofía.

Identificadores: ISBN 978-9968-02-231-6 (obra completa : rústico)
| ISBN 978-9968-02-232-3 (vol. I : rústico)
| ISBN 978-9968-02-233-0 (vol. II : rústico)
| ISBN 978-9968-02-234-7 (vol. III : rústico)
| ISBN 978-9968-02-235-4 (vol. IV : rústico)

Materias: LCSH: Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994.
| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Colecciones de escritos.
| Murillo Zamora, Roberto, 1939-1994 – Pensamiento filosófico.
| LEMB: Filosofía costarricense – Ensayos, conferencias, etc.
| Filosofía – Ensayos, conferencias, etc.
Clasificación: CDD 199.728.6–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2025.

© Editorial Universidad de Costa Rica,
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257
administracion.siedin@ucr.ac.cr
www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

| | |
|--|----|
| La obra de un maestro | 11 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R. y Alexander Jiménez M.</i> | |
| El maestro | 11 |
| Su escritura | 12 |
| Sobre esta obra selecta | 13 |
| Imaginación y filosofía | 15 |
| <i>Ana Lucía Fonseca R.</i> | |
| Sobre <i>Tres temas de filosofía</i> | 15 |
| Sobre <i>La forma y la diferencia</i> | 16 |

Tres temas de filosofía

| | |
|---|----|
| Capítulo primero. El filosofar | 25 |
| Introducción narrativa | 25 |
| El mito platónico del nacimiento del amor | 25 |
| La vocación de Buda | 28 |
| Origen del filosofar | 29 |
| La admiración | 29 |
| La angustia | 34 |
| Fines del filosofar | 39 |
| Preparación para la muerte | 39 |
| Preparación para la vida | 42 |
| Resumen del capítulo | 45 |
| Notas bibliográficas | 47 |

| | |
|---|-----|
| Capítulo segundo. El conocimiento | 48 |
| Introducción narrativa | 48 |
| El ciego de Molyneux | 48 |
| Funes el memorioso | 53 |
| El problema de las “ideas” en la Antigüedad | 54 |
| El problema del conocimiento en la Edad Moderna | 59 |
| El conocimiento “inmediato” | 63 |
| La imaginación | 65 |
| El problema del conocimiento en la Edad Contemporánea | 70 |
| Resumen del capítulo | 77 |
| Notas bibliográficas | 79 |
| | |
| Capítulo tercero. La ciencia y naturaleza | 80 |
| Introducción narrativa | 80 |
| Zoología laboral | 80 |
| El problema de la medición de las longitudes | 82 |
| Del universo antiguo al mundo moderno | 85 |
| Sentido y método de la ciencia moderna | 99 |
| Descartes | 100 |
| Galileo | 105 |
| De Newton a Kant | 112 |
| Hacia la ciencia contemporánea | 116 |
| Maxwell | 116 |
| Einstein: relatividad restringida | 118 |
| Resumen del capítulo | 130 |
| Notas bibliográficas | 132 |

La forma y la diferencia

| | |
|--|-----|
| Reconocimiento | 137 |
| Prólogo | 139 |
| Notas bibliográficas | 142 |
| | |
| Capítulo primero. Del círculo | 143 |
| Parménides y Heráclito | 147 |
| El camino platónico | 151 |
| El sueño de la razón | 163 |

| | |
|---|-----|
| Kant, geógrafo de la razón | 172 |
| La imaginación como poder de síntesis | 184 |
| El círculo hegeliano | 198 |
| El eterno retorno | 209 |
| Notas bibliográficas | 222 |
| Capítulo segundo. Del espacio | 224 |
| Aquiles y la diagonal | 226 |
| En torno al principio de continuidad | 248 |
| Reivindicación del espacio | 263 |
| Estancia, reloj, espejo | 277 |
| Las dos caras de la forma | 289 |
| Notas bibliográficas | 296 |
| Capítulo tercero. Del eros | 299 |
| El eros más antiguo | 301 |
| El eros platónico | 311 |
| En torno a la metáfora | 332 |
| Notas bibliográficas | 345 |
| Epílogo | 347 |
| Notas bibliográficas | 352 |

La obra de un maestro

Ana Lucía Fonseca R.
Alexander Jiménez M.

El maestro

Hay quienes pretenden aprender filosofía rumiando libros en el rincón de una biblioteca: quizás lo logren... Al menos se asomarán a la historia de la filosofía o a lo que de esa historia ha quedado registrado. La generación de estudiantes formada por Roberto Murillo aprendió en los libros, sí; pero fundamentalmente aprendió en sus lecciones “conversadas” en el aula y fuera de ella, filosofando al lado de nuestro maestro con seriedad y con humor.

Él conocía muy bien el mapa de múltiples recorridos filosóficos, pero hacía su propio camino. Nunca fue seguidor cautivo de escuela filosófica alguna, aunque tenía sus preferencias: dedicó estudios y seminarios inolvidables a Platón, Kant, Nietzsche, Bergson, con un poder de síntesis a la vez erudita e imaginativa.

Por eso, las palabras con las que Alain Vieillard-Baron caracterizó a Blas Pascal pueden ser aplicadas también al fondo existencial, humano y filosófico de Roberto Murillo. Para Vieillard-Baron, Pascal “tenía una lucidez clásica en la inteligencia y un arrobamiento barroco en el corazón” (“Pascal y su tiempo”, *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, Vol. III, n.º 12, 1962); también Roberto Murillo, pues en él se conjugaron una inteligencia poderosa, con vocación universal de geómetra, y una sensibilidad profunda, inquieta, pero a la vez intimista. No escribió su

obra en línea recta: en ella disfrutamos de los recodos, juega con la brisa de altura, desconcierta con ires y venires, “porque el camino de ida no es el mismo que el de vuelta”, como le gustaba decir.

Y si una imagen acompañó al maestro, aun en sus obras filosóficas más densas, es la del péndulo entre la tentación del ontologismo y la contingencia “del oscuro rincón que piensa”, entre el culto a las ideas platónicas y un inevitable “sentimiento de distancia”; en suma, entre la tentación del argumento ontológico, complaciente con la identidad del ser y el pensar, y el humano descreimiento escéptico, que opta por seguir viendo o buscando, antes que anclarse en un terreno seguro.

Su escritura

Roberto Murillo aporta a la institucionalidad filosófica costarricense una forma de pensar y de escribir a mitad de camino entre la cita erudita y densa y la metáfora bella y sugerente. Unas y otras están siempre presentes en sus textos más profesionales y en sus trabajos divulgativos. En ellos nunca hay solo ideas ni solo metáforas. Tratándose de un tipo de pensar imaginativo, es preciso la concurrencia de ambos recursos.

En relación con su escritura filosófica, cabe hacer una distinción entre la forma efectiva de escritura y sus reflexiones acerca de lo que esta debía ser. Aunque suelen coincidir, no siempre nuestro autor logra dar cumplimiento a su voluntad de escribir como si estuviera en medio de una conversación educada. Hay momentos en los cuales sus textos alcanzan una densidad y una complejidad técnica que los puede alejar de un lector o –para seguir su propia metáfora– de un “conversador educado” común.

Roberto Murillo insistía en la pertinencia de un tipo de escritura que no cayera en la tentación de la lejanía técnica, erudita o solemne. En su libro *Segundas estancias*, del año 1990, recuerda una cierta norma de elegancia: no hacer nunca visibles los esfuerzos, presentar lo difícil como fácil. Aquí podemos percibir una inclinación a pensar la escritura como un trabajo de traducción. En ese mismo libro hay un artículo titulado “Un elogio de la filosofía”, en el que se refiere al helenista Cornford, quien confesaba haber

intentado seguir la costumbre platónica de atenerse al lenguaje usual de la conversación educada y de evitar que cualquier palabra se convirtiera en un término técnico. También menciona a su querido Antonio Machado, para quien la retórica del buen decir debía estar al servicio de un correcto pensar.

Todo esto revela que apreciaba una forma de pensar y de escribir, de comunicarse filosóficamente, alejada de la jerga erudita, distante y falsamente solemne de las sectas filosóficas. Este aprecio se expresa en su voluntad de escribir de una manera clara, aguda, bella y sugerente. De ello hay numerosas muestras en sus ensayos filosóficos y en sus artículos periodísticos. Había en él un deseo de elaborar explicaciones redondas y de huir de un tono pesado y técnico. Antes bien, nos propone una escritura sugerente que logra llevar al lector a otra cosa detrás de lo que se está diciendo. Su capacidad de evocación permitía percibir al mismo tiempo un mundo y la otra cara de ese mundo.

Quizá en un sentido particular no pueda decirse que salía al mundo en busca de aventuras que implicaran poner en riesgo la vida, los bienes y la honra con el fin de deshacer entuertos, como era el caso de don Quijote. Pero en otro sentido resulta claro que era un aventurero y no el típico filósofo de escritorio o de salón, temeroso de encontrarse con el mundo. Ya desde su infancia fue un niño errabundo a quien los viajes imaginarios le eran especialmente queridos. Viajero de trenes y tranvías, decía haber hecho más viajes imaginarios que reales. Y sus viajes reales eran enriquecidos al ser luego elaborados por la criba de la imaginación. Como don Quijote, Roberto Murillo fue un niño que leía y no siempre sabía discernir los límites entre sus imaginaciones literarias y su vida en este mundo. Este desconocimiento infantil fue un adelanto de lo que luego aprendería con Parménides: lo mismo son el pensar y el ser. Pero, como ya mencionamos antes, no se quedó deslumbrado por el ontologismo, pues también aprendió de Heráclito que nadie se baña dos veces en el mismo río... y quizá ni siquiera una, como decía entre risas y algo de nostalgia.

Sobre esta obra selecta

Entre los años 2015 y 2018, la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica financió un proyecto de recopilación y edición de la obra

de Roberto Murillo, donde participamos como investigadores. El resultado de nuestro trabajo se ofrece ahora en cuatro volúmenes, con una división temática, a saber:

Volumen I. Memorias y cuadernos de juventud. Excepción hecha de unos pocos textos, los de este volumen son inéditos, recogidos de cuadernos manuscritos que abundan en el archivo personal del autor.

Volumen II. Artículos periodísticos. Aquí se agrupa la mayoría de sus artículos periodísticos sobre paisajes y pueblos, personajes de la historia y de la filosofía, problemas filosóficos, educación y sentido de la universidad, para cerrar con una incisiva crítica a la política nacional y la vida pública.

Volumen III. Ensayos sobre obras literarias. Presenta dos obras ya publicadas: *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico* (Premio Nacional Aquileo J. Echeverría, 1975) y *Tres ensayos sobre el Quijote* (1993).

Volumen IV. Ensayos sobre filosofía. Reúne dos ensayos, también ya publicados, sobre asuntos propiamente filosóficos: *Tres temas de filosofía* (1982) y *La forma y la diferencia* (1987). Esta última fue reconocida con el Premio Jorge Volio del Colegio de Licenciados y Profesores (1991).

Mientras los dos primeros volúmenes se dirigen a un público general, el volumen III y el volumen IV apuntan a un público con intereses más específicos en relación con la filosofía, la historia de la ciencia y la literatura.

Imaginación y filosofía

Ana Lucía Fonseca R.

Este volumen abarca dos obras de filosofía propiamente dicha: *Tres temas de filosofía*, publicada en 1982 por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia (EUNED), y *La forma y la diferencia*, publicada en 1987 por la Editorial de la Universidad de Costa Rica (EUCR).

Sobre *Tres temas de filosofía*

Con esta obra el autor pretendió ofrecer una introducción a la filosofía, aunque, en algún mejor sentido, desbordó el propósito original y se convirtió en un pequeño ensayo sobre tres temas filosóficos: la filosofía, el conocimiento y la ciencia. Cada tema está introducido por dos textos cuidadosamente seleccionados, que sirven como marcos “ilustrativos” de problemas: el origen de la filosofía (o mejor, del filosofar), el papel de la razón y los sentidos en el conocimiento y, finalmente, los alcances de la ciencia en el mundo antiguo y en el mundo moderno.

En unos apuntes manuscritos, fechados 30 de junio de 1979, Roberto Murillo describe estas introducciones narrativas como “diapositivas o cuentos tomados de los mitos, de la historia o de la literatura narrativa, que hablan a la imaginación”. Siguiendo esa línea, *Tres temas de filosofía* no es una obra canónica ni historiográfica, sino más bien temática, pero que se cuida del “espíritu de campanario”, como advierte en los apuntes antes mencionados; no busca probar ni reprobar posturas filosóficas sobre aquellos problemas, sino recrearlos con cierta libertad. Siendo un texto relativamente breve, expresa el conocimiento reposado y profundo que el

autor siempre comunicó con erudición, pero también con el disfrute de quien desea que la idea seduzca, nunca que atosigue.

Sobre *La forma y la diferencia*

Tuve el privilegio de recorrer con el maestro los caminos llenos de estancias que condujeron a su obra de filosofía más importante: *La forma y la diferencia*. El libro nació de un ambicioso proyecto de investigación del que fui asistente, que versaba sobre la imaginación mediadora entre opuestos: por un lado, los claros perfiles del concepto (la forma) y, por el otro, el carácter inasible y difuso de la intuición (la diferencia).

La imaginación como poder de síntesis fue el título que el autor dio originalmente al proyecto. Desde el inicio, en la propuesta resonaban las claves kantianas, pero a partir de una lectura libre de Kant, como libres y a la vez rigurosas (nunca rígidas) eran las lecturas y lecciones de Roberto Murillo sobre los grandes maestros de la filosofía occidental. Al final, después de varios años, resultó un ensayo ricamente filosófico que, como se afirma en el prólogo de la obra, “es una invitación a volver a pensar, con los grandes maestros, algunas ideas fundamentales, sencillas en el fondo y reiterables, sobre el ir y venir de la existencia humana entre el ser y la nada, creando formas complementarias ante el péndulo de la angustia y de la esperanza”.

Los tres capítulos que constituyen el ensayo, “Del círculo”, “Del espacio” y “Del eros”, tratan temas aparentemente abstractos, presentados al ritmo de las reflexiones diarias del autor: a veces diáfnas y asertivas, como caminando a la vera de un manso riachuelo; otras, profusas y trabajosas, como subiendo una empinada cuesta. Citando nuevamente el prólogo, la intención “ha sido insinuar más que probar, sugerir a la imaginación más que instruir el entendimiento. Por ello este libro va dirigido a las personas que conservan una disponibilidad mental no lejana del gusto estético, más que a quienes ‘saben demasiado’, ya inmunes a todo contagio”.

Si bien la obra no es para ignorantes, tampoco es para sabiondos, unos porque no entenderían lo suficiente, otros porque creerían entender demasiado. Las lecturas deseables medrarán en una región intermedia,

dice el autor, recordando un comentario de Montaigne sobre su propia obra. Por eso, lejos de ser caminos trillados, los tres capítulos del ensayo son “caminos en el bosque”, sin un mapa silogístico, guiados por el solo placer de caminar, no por el de alcanzar una meta con esfuerzo maratonista. En ellos se va sin prisa, sobre todo en terrenos difíciles, donde frecuentemente se hacen pausas para mirar el trecho recorrido y tomar nuevos aires.

Creo que Roberto Murillo se hubiera sentido muy satisfecho si, al leer su ensayo, nos diéramos cuenta no solo de su tenacidad al mostrar la convergencia del “círculo del retorno, la continuidad del espacio y la sabiduría erótica”, sino también, y principalmente, de que estos revelan aspectos profundos de la existencia humana.

Tres temas de filosofía

*A la ilustre memoria de mi querido maestro,
Constantino Láscaris Comneno.*

NOTA PRELIMINAR

Haber entrado en los temas del filosofar, del conocimiento o de la ciencia no dispensa de la necesidad de volver a entrar cada vez, de manera originaria. Espero que esta exposición no pierda, por ser texto, algo de la viva manera en que se conversó en diversos cursos de la Universidad de Costa Rica. Debo agradecer a la Facultad de Letras de esa institución haberme permitido escribir este libro durante el tiempo en que ejercí el cargo de decano.

ROBERTO MURILLO ZAMORA
EL CEDRAL, MONTES DE OCA, OCTUBRE DE 1981

Capítulo primero.

El filosofar

Introducción narrativa

El mito platónico del nacimiento del amor

Explicación previa

Platón de Atenas es, según una opinión ampliamente compartida, el filósofo más grande de todos los tiempos. Discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, vivió del año 428-427 al 347 a. C. Autor de diálogos filosóficos, muchos de los cuales ostentan un permanente valor como obras del género dramático, pone sus propias opiniones en boca de Sócrates, principalmente. De vocación matemática –había escrito a la entrada de su escuela, la Academia: “No entre quien no sepa geometría”– exige una comprensión de las ideas generales, por ejemplo, de la esencia del triángulo, dejando de lado las particularidades de las cosas, por ejemplo, las características concretas de cada triángulo dibujado. Cuando se enfrenta a los problemas radicales, los más generales y difíciles de la filosofía, Platón se disculpa por no poder presentar una solución conceptual y recurre al mito como sustitución simbólica de aquella. Así, cuando busca explicar qué es filosofía, en qué consiste la actividad del filósofo, cuenta el mito del nacimiento del amor (Eros) y muestra que el amor es filósofo, que lo esencial del filosofar es lo que tiene de común con el amor.

Al considerar los mitos, debemos olvidar la idea que comúnmente se tiene, de que los mitos son falsedades caprichosas o conocimientos oscuros susceptibles de ser reemplazados por el conocimiento racional y científico. Si bien el mito platónico que transcribiremos fue inventado por el filósofo, es una fábula digna de esos otros mitos anónimos en que los pueblos,

en sus orígenes, recogieron ciertas constantes de la condición humana. El mito platónico se acerca a la universalidad de algunos oriundos de la imaginación anónima, como el del nacimiento de Afrodita.

Dejemos que Schelling, gran filósofo del romanticismo alemán, (siglo XIX), defina el mito: “Las representaciones mitológicas no han sido ni inventadas, ni aceptadas libremente. Productos de un proceso independiente de la voluntad, han tenido, para la conciencia que las sostenía, una realidad incontestable e irrefutable. Pueblos e individuos no son más que instrumentos de ese proceso que supera sus horizontes y al cual sirven sin comprender”.¹ Un mito como el de Edipo, quien mata a su padre y se desposa con su madre, o el de Cronos (el Tiempo), que devora a sus hijos, expresan ciertas verdades sobre el hombre y su puesto en el cosmos. Los mitos platónicos, como se ha dicho, intentan lo mismo, pero son por lo general creados por ese filósofo, que también era poeta, no recogidos de la tradición popular. Parece que los poetas pueden competir con la imaginación ingenua de los pueblos en esto de inventar narraciones llenas de sentido, de validez universal.

Nada mejor al abordar el tema filosófico de la filosofía misma, en una especie de filosofar “a la segunda potencia”, que dar la palabra a Platón para que cuente el origen común del amor (Eros) y de la filosofía como amistad de la sabiduría. En el bellísimo diálogo llamado *El banquete*, donde un grupo de amigos, entre libaciones, se propone definir la naturaleza del amor, habla Sócrates, evocando lo que una vez le dijera al respecto una mujer experta en estas cuestiones, Diotima de Mantinea.

El nacimiento de Eros

Cuando nació Afrodita (Diosa de la belleza), los dioses celebraron un banquete, y entre ellos estaba también el hijo de Metis (la Prudencia), Poro (el Recurso). Una vez que terminaron de comer, se presentó a mendigar, como era natural al celebrarse un festín, Penía (la Pobreza) y quedose a la puerta. Poro, entre tanto, como estaba embriagado de néctar –aún no existía el vino–, penetró en el huerto de Zeus y en el sopor de la embriaguez se puso a dormir. Penía, entonces, tramando, movida por su escasez de recursos, hacerse un hijo de Poro,

del Recurso, se acostó a su lado y concibió al Amor. Por esta razón el Amor es acólito y escudero de Afrodita, por haber sido engendrado en su natalicio, y a la vez enamorado por naturaleza de lo bello, por ser Afrodita también bella. Pero, como hijo que es de Poro y de Penía, el Amor quedó en la situación siguiente: en primer lugar, es siempre pobre y está muy lejos de ser delicado y bello, como le supone el vulgo; por el contrario es rudo y escuálido, anda descalzo y carece de hogar, duerme siempre en el suelo y sin lecho, acostándose al sereno en las puertas y en los caminos, pues por tener la condición de su madre, es siempre compañero inseparable de la pobreza. Mas por otra parte, según la condición de su padre, acecha a los bellos y a los buenos, es valeroso, intrépido y diligente; cazador temible, que siempre urde alguna trama; es apasionado por la sabiduría y fértil en recurso; filósofa a lo largo de toda su vida y es un charlatán terrible, un embelesador y un sofista. Por su naturaleza no es inmortal ni mortal, sino que en un mismo día a ratos florece y vive, si tiene abundancia de recursos, a ratos muere y de nuevo vuelve a revivir gracias a la naturaleza de su padre. Pero lo que se procura, siempre se desliza de sus manos, de manera que no es pobre jamás el Amor, ni tampoco rico. Se encuentra en el término medio entre la sabiduría y la ignorancia. Pues he aquí lo que sucede: ninguno de los dioses filosofa ni desea hacerse sabio, porque ya lo es, ni filosofa todo aquel que sea sabio. Pero, a su vez, los ignorantes ni filosofan ni desean hacerse sabios, pues en esto estriba el mal de la ignorancia: en no ser ni noble, ni bueno ni sabio y tener la ilusión de serlo en grado suficiente. Así, el que no cree estar falto de nada no siente deseo de lo que no cree necesitar.

Sócrates dice que preguntó, entonces, a Diotima quiénes son los que filosofan, si no son ni los sabios ni los ignorantes, a lo que esta respondió:

Claro es ya incluso para un niño que son los intermedios entre los unos y los otros, entre los cuales estará también el Amor. Pues es la sabiduría una de las cosas más bellas y el Amor es amor respecto de lo bello, de suerte que es necesario que el amor sea filósofo, y, por ser filósofo, algo intermedio entre el sabio y el ignorante.²

La vocación de Buda

Explicación previa

Si en el siglo V a. C. Sócrates reflexionó, maravillado, sobre el alcance del pensamiento y vio en el filosofar, como lo cuenta Platón, un *daimon* o demonio, un mediador entre los hombres y los dioses, idéntico a Eros, al Amor, en ese mismo siglo privilegiado otro gran indoeuropeo renuncia, en el Indostán, al reino de este mundo, por la vocación, por el llamado filosófico, como un método humano para superar los límites de la individualidad. Así como el Sócrates platónico no veía en la filosofía un saber cualquiera entre muchos otros, sino que pensaba en el apetito filosófico de la verdad y de la belleza como en la picadura incurable de un tábano divino, así el príncipe Siddhartha abraza la vida contemplativa como ineludible tarea de quien mantiene los ojos abiertos a las situaciones límites de la existencia, rechazando las vendas impuestas por otros. Si la filosofía del *Banquete* platónico es aspiración permanente a la verdad y a la belleza, la del Buda –que también encontraremos en el Sócrates platónico– es sobrepasamiento, no evasión, de la fealdad.

El mejor escritor viviente (1979) de la lengua española, Jorge Luis Borges, cuya literatura fantástica es oblicuamente filosofía, discípulo de Buda a través del filósofo alemán Schopenhauer (s. XIX), cuenta así la vocación del príncipe Siddhartha:

Siddhartha encuentra su camino

Siddhartha, el Bodhisattva, el pre-Buddha, es hijo de un gran rey, Suddhodana, de la estirpe del sol. La noche de su concepción, la madre sueña que en su lado derecho entra un elefante, del color de la nieve y con seis colmillos. Los adivinos interpretan que su hijo reinará sobre el mundo o hará girar la rueda de la doctrina y enseñará a los hombres cómo librarse de la vida y la muerte. El rey prefiere que Siddhartha logre grandeza temporal y no eterna, y lo recluye en un palacio, del que han sido apartadas todas las cosas que pueden revelarle que es corruptible. Veintinueve años de ilusoria felicidad transcurren así, dedicados al goce de los sentidos, pero Siddhartha, una mañana, sale en su coche y ve con estupor a un hombre encorvado, “cuyo pelo no

es como el de los otros, cuyo cuerpo no es como el de los otros”, que se apoya en un bastón para caminar y cuya carne tiembla. Pregunta qué hombre es ese; el cochero explica que es un anciano y que todos los hombres de la tierra serán como él. Siddhartha, inquieto, da orden de volver inmediatamente pero en otra salida ve a un hombre al que devora la fiebre, lleno de lepra y de úlceras; el cochero explica que es un enfermo y que nadie está exento de ese peligro. En otra salida ve a un hombre que llevan en un féretro, ese hombre inmóvil es un muerto, le explican, y morir es la ley de todo el que nace. En otra salida, la última, ve a un monje de las órdenes mendicantes que no desea ni morir ni vivir. La paz está en su cara; Siddhartha ha encontrado el camino.³

Origen del filosofar

La admiración

El filosofar se desprende del mito y de la técnica

En el orden temporal, el conocimiento humano no empieza por el filosofar. El planteamiento filosófico explícito parece corresponder a la madurez –no ciertamente a la decadencia– de las culturas. Hegel expresa que la filosofía es el ave de Minerva, la lechuza, que levanta su vuelo en la última hora del día. Antes de hacer preguntas filosóficas, antes de interrogar qué es el mundo, qué el hombre, cómo es posible el conocimiento, si existe Dios o no existe, cuál debe ser la norma de nuestra acción, el hombre sabía utilizar instrumentos y creía en los mitos. El hombre mítico y el *homo faber* (hombre hacedor) anteceden al filósofo.

Antes de que hubiera filósofos propiamente dichos, conocía el hombre la agrimensura, por ejemplo, y creía en los dioses. Pensemos en los egipcios, esa antiquísima cultura que incluyó los conocimientos de geometría aplicada necesarios para construir pirámides, como tumbas que guardaban a los reyes momificados, por sed de eternidad. La técnica al servicio de los ritos funerarios, estos al de la inmortalidad, que es una cierta deificación del hombre, preceden al pensamiento racional en su conjunto y al filosófico propiamente dicho. Las necesidades del hombre, entre las que se comprende por igual la subsistencia y la permanencia eterna, le llevan

a conocer ciertas leyes generales de las cosas y a estructurar ritos, en que se ejecutan las creencias mitológicas. Atendamos al origen del filosofar a partir del mito. Mito, como se ha señalado, no es un cuento falso, sino una narración mediante la que un pueblo se explica a sí mismo las cuestiones más generales que la vida plantea, por ejemplo, cuál es el origen del mundo (de la tierra y del cielo). El mito va acompañado del rito, de la fiesta en la que el pueblo repite, danzando, cantando, lo que el mito cuenta: juega seriamente a la creación del mundo, por ejemplo. La narración mítica, desde luego, emplea imágenes y personificaciones de cosas, no claramente conceptos abstractos, y está vinculada con la necesidad de salvación de los hombres, no es “desinteresada”, pero por su generalidad define un tiempo y un espacio sacrales que se destacan netamente del ganarse el pan cotidiano, del multiplicar la especie.

El mito es hijo del asombro. El espectáculo de la naturaleza suscita en el hombre una necesidad de explicación que supera el trabajo de mantener en vida al individuo y a la especie. Por ejemplo, los griegos de los primeros tiempos dijeron que el Cielo (Uranos) había engendrado al Tiempo (Cronos) en la Tierra (Gea), que el Tiempo había destronado al Cielo, de cuyo semen derramado sobre las aguas nacería la Belleza (Afrodita), que el Tiempo devoraba a sus hijos, pero que uno de ellos, Zeus, evadió este trato cruel y destronó, a su vez, al padre. Este es un mito cosmogónico, que a nosotros, seres más o menos racionales, nos invita a ensayar alguna interpretación conceptual. En sí mismo es sin embargo autosuficiente, satisfacía a los hombres del tiempo de Hesíodo (s. VIII a. C.). Pero llega un día en que, ante el asombroso espectáculo del desfile de estrellas en una noche serena, el hombre no se contenta con un mito. Toma distancia frente a las cosas, distingue entre representación y realidad, desprovee los conceptos de imágenes privilegiadas. Comienza la explicación filosófica del mundo que, distinta del mito, tiene sin embargo algo en común con él: ambos se originan en el asombro, en la perplejidad, en esta admiración cuyo verbo, en griego, se dice *θαυμάζειν* (*zaumadsein*).

El “claroscuro” como origen del filosofar

Para que algo como el espectáculo del cielo estrellado nos produzca asombro, independientemente de que vivamos en un contexto mítico o racional,

es necesario que ese algo nos sea en cierta manera conocido y en otra desconocido. No se asombra quien cree erróneamente conocida aquella parte de las cosas que precisamente se oculta. Se cuenta que un califa deseaba escoger un ministro entre tres candidatos y que, habiendo colocado tres naranjas en el fondo de un estanque, les preguntó sucesivamente qué veían en él. Los dos primeros respondieron que tres naranjas, el último que tres medias naranjas, pues no veía la parte de abajo. Este último, más capaz de saber lo que no sabía, fue nombrado ministro por su Califa. Frente a lo que resulta completamente conocido, frente a lo que se presenta ante nosotros sin insinuar nada detrás de lo evidente, no se despierta comezón alguna en nosotros, ninguna inquisitiva perplejidad. Por eso uno de los primeros filósofos, de estos que acaban de salir de la edad mítica para entrar en la edad racional, Heráclito de Efeso (s. VI a. C.), el pensador del fluir permanente de las cosas y de la relación entre los opuestos, expresa: “El Señor, cuyo oráculo está en Delfos, ni dice ni oculta, sino que indica”.⁴ Apolo, dios de la luz, dice la verdad mediante oráculos, ofrece pistas, no da soluciones acabadas. El mismo Heráclito decía que “la naturaleza suele ocultarse”.⁵ Y es que, si miramos la noche, con sus astros en movimiento, tenemos a la vez una impresión de orden y de desorden. De orden, porque las estrellas “fijas” conservan su posición relativa (de unas respecto de las otras), la misma distancia angular, salen mañana cuatro minutos más tarde que hoy... De desorden, porque no están distribuidas uniformemente en el cielo, pues hay regiones celestes más pobladas de estrellas que otras, porque algunas varían de brillo con el tiempo, porque los planetas tienen a veces un movimiento “retrógrado”...

Que la admiración filosófica nace de este “claroscuro”, de esto que no se revela por completo pues solo se insinúa, está explicado míticamente por Platón en el texto narrativo con que iniciamos este capítulo, referente al nacimiento del Amor (Eros). Eróticamente atrae más lo que se vela que lo que se exhibe sin misterio. La vocación filosófica se enciende frente a lo que se muestra, ciertamente, pero en tanto desconocido. Otro curioso ejemplo platónico ilustra esta situación, que no es ignorancia ni sabiduría, propia del origen del filosofar: los filósofos son comparables a los perros de buena raza, que no ladran a quien reconocen, a quien ya conocían, sino a quien conocen por primera vez. En la *República*, la vasta obra platónica

que versa sobre la justicia del individuo y de la *polis* o ciudad-estado, se da el siguiente diálogo entre Sócrates, narrador en primera persona, y Glaucón. Comienza Sócrates el pasaje que nos interesa ahora hablando de los guardianes de la ciudad ideal:

—Pero, ¿no estimas que ese futuro guardián todavía necesita alguna cosa? ¿Por ejemplo, no habrá de ser, además de fogoso, filósofo por naturaleza?

—¿Cómo? —dijo—, no comprendo lo que quieres dar a entender.

—Pues eso —añadí— [es algo que] puede ser observado en los perros, lo cual es digno de admiración por tratarse de bestias.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que si ven a un desconocido se enfurecen, aunque no les haya hecho daño alguno; en cambio, se muestran solícitos con el que conocen, aún sin haber recibido de él ningún bien. ¿Nunca te has admirado de esto?

—No, por cierto —dijo—, nunca hasta ahora me había fijado en ello. Pero está claro que así ocurre.

—Y prueba, en efecto, que poseen un fino rasgo natural verdaderamente filosófico.

—Explícate mejor.

—Te añadiré que para distinguir la persona amiga de la enemiga no se basan en otra cosa que en el conocimiento de la una y el desconocimiento de la otra. ¿Y cómo no sentirá deseo de aprender el que fía a su conocimiento o ignorancia la condición de amigo o enemigo?⁶

Así, pues, ni el dios, que sabe que sabe, ni el ignorante, que no sabe que no sabe, sino el hombre despierto, que sabe que no sabe, que habrá de aprender que, en otro sentido, no sabe que sabe, es filósofo. Una vez más citamos a Platón, admirado del admirarse mismo: “Muy propio del filósofo es el estado de tu alma: la admiración. Porque la filosofía no conoce otro origen que este, y bien dijo (pues era un entendido en genealogía), el que habló de Iris, como hija de Taumante (la admiración)”.⁷

La apetencia del saber

Si las técnicas surgen porque el hombre prolonga sus manos mediante instrumentos, para modificar la naturaleza y mejor adaptarla a su servicio, a su supervivencia individual y específica, a la consecución del bienestar, “inventa” mitos y luego teorías filosóficas porque conocer le resulta tan necesario como alimentarse y reproducirse. Por eso dice Aristóteles, en la primera proposición de su *Metafísica*, que “Todo hombre, por naturaleza, apetece saber”.⁸ Discípulo de Platón, Aristóteles crea un sistema filosófico opuesto al de aquel en muy importantes aspectos. Son como antípodas, lo que subraya el poeta romántico inglés Coleridge al escribir que los hombres nacen aristotélicos o platónicos. Sin embargo, Aristóteles, el maestro de ese gigante de la acción que fue Alejandro Magno, está de acuerdo con Platón en que la admiración es el origen del filosofar y en que el hombre filosofa por un natural interés especulativo, más noble en él que su natural interés práctico. Es “interés” porque corresponde a un movimiento espontáneo de la naturaleza humana. Es “desinteresado” porque apunta a satisfacer algo más que los llamados “instintos” primarios del hombre. Así, expresa Aristóteles:

De entre las ciencias a su vez juzgamos que es más propiamente filosófica aquella que merece ser elegida por sí misma y por el ansia misma de saber, que no la que se estudia por los resultados que de ella se obtienen. Y que es más filosófica la ciencia que orienta a las demás que la que está subordinada a otra, porque no es decoroso que al filósofo se le impongan criterios, antes debe ser él quien oriente el criterio de los demás, ni debe estar él sujeto a la voluntad de otro, sino que debe obedecerle a él el que es menos filósofo.⁹

¿Contradice esta apreciación de Aristóteles sobre la primacía del filosofar aquella célebre sentencia de Sócrates: “solo sé que nada sé”? ¿Muestra Aristóteles una “soberbia” filosófica, contraria a la “humildad” socrática? A primera vista, habría que responder afirmativamente a estas preguntas: la palabra “filosofía”, usada según parece por primera vez entre los pitagóricos, escuela presocrática a la que después nos referiremos, está compuesta de dos raíces: *filos*: amigo y *sofía*: sabiduría. Llamarse filósofo era signo de modestia, pues era declararse no sabio, sino amigo aspirante

a la sabiduría. Así interpretó Sócrates el oráculo que dijera que él era el hombre más sabio de Grecia: sabio por el reconocimiento de su ignorancia, porque su única sabiduría era la de que nada sabía, por lo que después se llamará “docta ignorancia”. Por ello Sócrates no escribió nada, porque él no creía haber establecido una doctrina, sino haber ejercido una actividad: la filosofía era su filosofar en diálogo nunca satisfecho de preguntas y respuestas, una pregunta siempre abierta, en vías de continuo replanteamiento. Aristóteles, en cambio, habla en términos de un saber ya logrado, de una ciencia filosófica directriz de las otras ciencias. Inspirándose en Aristóteles, el gran filósofo alemán Hegel (siglo XIX) escribe: “Colaborar en que la filosofía se aproxime a la forma de la ciencia, alcanzado lo cual puede dejar su nombre de *amor al saber* para ser un *real saber*, es lo que me propongo”.¹⁰ Pero la pretendida “soberbia” aristotélico-hegeliana no es en todo opuesta a la infinita búsqueda socrática: precisamente porque pone en duda los fundamentos del saber y del ser, es lo circundante, lo que no puede partir como de cosa segura del capital acumulado por las otras ciencias, de los dogmas de las religiones o de las ideologías políticas, ni puede inclinarse ante los métodos consagrados en las demás disciplinas. Si el filosofar marcha por terreno inseguro, reconociendo esa situación con humildad, no puede recibir seguridad alguna de fuera, pues su incertidumbre lo es de las bases mismas de las cosas, de lo que en otros dominios se tiene por garantizado. Así es el pensamiento más audaz de la humanidad: autónomo e incierto.

La angustia

Admiración y angustia

Tanto en el desarrollo del individuo (ontogénesis) como en el de la especie (filogénesis) se da primeramente una etapa de extroversión, de atención al mundo externo y luego una de introversión, de atención al propio yo, o, con expresión de Aristóteles, de regreso hacia sí mismo. Primero tiene el niño conciencia de las cosas que le rodean, después se llama a sí mismo en tercera persona, como si él fuera una de esas cosas, hasta que finalmente se destaca de ellas y con la palabra “yo” adquiere conciencia de sí propio.

En la historia de los pueblos y, paralelamente, en la historia de la filosofía, se da antes la atención al mundo, preferentemente a los astros y a su armonía,

y luego, en un segundo momento, la atención a sí mismo, al sujeto humano. Si bien las leyes de la astronomía son una especie de proyección celeste de las leyes de la ciudad, la reflexión sobre estas últimas es posterior a la reflexión sobre las primeras. En la historia del pensamiento en Grecia encontramos un primer período “cosmológico” –cosmos significa mundo, entendido como orden, por oposición a caos– y solo posteriormente en el tiempo de Sócrates y más aún después de la caída de la *polis*, un período “antropológico”, centrado en el tema del ser humano. Pero sobre todo la filosofía moderna, y de otro y más intenso modo, la contemporánea, han volcado la atención hacia la subjetividad.

La filosofía comienza, en Jonia y en la Magna Grecia, por el siglo VII a. C., cuando se intenta dar una respuesta racional al enigma de la naturaleza, que en griego se dice *fisis*. Por ello, Aristóteles llama “fisiólogos” a los primeros filósofos, es decir: estudiosos de la naturaleza. Asombrados ante el espectáculo del cielo que, como hemos dicho, a la vez se muestra y se oculta, pues se presenta ante los sentidos como un gran reto a la razón, los primeros pensadores formulan doctrinas físicas, explicaciones racionales de una naturaleza en la cual el hombre se encuentra sumido, de la que este es una pequeña parte. Vienen posteriormente tiempos en que el hombre se repliega sobre sí mismo: la época helenística, continuada por la historia de Roma, o en la primera mitad de este siglo XX, la filosofía existencial: el origen del filosofar no es entonces la admiración celeste, sino la “cura” (el cuidado) o la angustia por la inevitable consumación de la vida humana en la muerte. Este cambio no se da como un progreso lineal, en que se pasa del énfasis en el tema del mundo al énfasis en el tema del hombre de una vez por todas, sino como un movimiento cíclico en que de uno se vuelve al otro sin que haya nunca repeticiones: la figura geométrica que mejor representaría este proceso –como casi todo proceso histórico– sería la espiral. Pero sí podemos decir que el origen del filosofar se desplaza de la admiración cósmica a la cura o a la angustia subjetivas y que se da entonces un paso del tono afectivo optimista y entusiasta al otro, pesimista o preocupado.

El concepto de la angustia

De la misma manera que no todo hombre que contemple el cielo estrellado –con su orden y su desorden– siente la perplejidad conducente a

la formulación de teorías cosmológicas, sino que puede mirar sin ver, dando por sabido lo que se presenta misterioso, así puede embozarse el hombre su propio destino, refugiarse en las costumbres impersonales y masivas, aturdirse con espectáculos y distracciones, para no sentir la envolvente preocupación de la muerte y la consiguiente sorpresa ante el hecho de vivir, de “seguir todavía viviendo”, como decía el poeta Antonio Machado. Vimos que el padre del príncipe Siddhartha logró ocultar a su hijo, durante veintinueve años, la enfermedad, la vejez y la muerte, es decir, los límites de la vida, la vida en tanto que es finita, la vida humana. Así, vivió Siddhartha una existencia no propia, expropiada, inauténtica, hasta el momento en que halló su vocación.

Encontró Siddhartha a un hombre que no quería “ni vivir ni morir”, al monje de las órdenes mendicantes que no sentía temor ante la muerte. Así comenzó el filosofar de Siddhartha, lo que lo hizo ser Buda (el iluminado), este denuedo, rayano en indiferencia, ante la vida y la muerte. Pero hemos afirmado que la angustia ante la muerte es el motor de donde nace el filosofar en épocas de introversión, que esa angustia es prenda de autenticidad existencial. Si es así, es indispensable distinguir claramente entre temor y angustia. Sören Kierkegaard, el precursor del existencialismo, el filósofo danés del s. XIX que vivió un agudo drama religioso y que se opuso al sistema de Hegel, donde todo parecía resuelto en el todo, tiene una obra titulada *El concepto de la angustia*. La dimensión filosófica de la angustia aparece cuando se la distingue del temor animal a algo determinado. Expresa Kierkegaard:

El concepto de la angustia no es tratado casi nunca en la Psicología; por eso debo llamar la atención sobre la circunstancia de que es menester distinguirlo bien del miedo y demás estados análogos, estos refiérense siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad. Por eso no se encuentra ninguna angustia en el animal; justamente porque este, en su naturalidad, no está determinado como espíritu.¹¹

El individuo humano no está regido por leyes causales inflexibles, sino que ejerce una libertad desconocida para el animal. Por el primer acto libre, pero también por cada acto libre, decide el hombre, no solamente

algo concreto, como hacer frente en la batalla o huir, sino que decide ser libre, decide en el sentido de la libertad misma. Pero la libertad, que crea su propia posibilidad, es una especie de salto al vacío. Mientras el dibujo de las constelaciones, aunque incompleto para quien comienza a observar el cielo, es ley y continuidad, la acción del hombre, la decisión, es libertad y salto, pérdida de la inocencia, principio de la angustia. Angustia, en latín, quiere decir estrechez o angostura: el hombre que está obligado a ser libre pasa por un desfiladero. Si el hombre no fuera mortal, si su vida no fuera finita, la decisión libre sería reversible, irrelevante, vana: no produciría angustia. La angustia del acto libre viene de que somos mortales. La angustia ante la libertad y ante la muerte –dos formas de lo mismo– es motor del filosofar para el hombre replegado sobre sí mismo. Si la angustia fuera temor ante un cierto peligro, esquivable, no filosofaría el hombre al respecto, sino que desarrollaríamos una técnica para salvar dicho peligro. Porque la angustia se extiende a la vida en su conjunto, a la vida que encierra en sí misma la referencia constante a la muerte, a la vida que es constante salto al vacío de la libertad, produce filosofía, no técnica.

Si la libertad, como posibilidad originaria, es decir, como posibilidad de la posibilidad, se revela en la angustia, pasa lo mismo con la muerte, máximo desafío a la libertad. Heidegger, seguidor de Kierkegaard en este punto, llamando al hombre “ser-ahí”, traducción del alemán *Dasein* (*Da*: ahí, *sein*: ser), que podríamos traducir también por “existencia”, escribe:

La muerte es la posibilidad de la absoluta imposibilidad del *ser ahí*... De que es entregado a la responsabilidad de su muerte y esta es por tanto inherente al “ser en el mundo”, no tiene el *ser ahí* inmediata y regularmente un sentido expreso, ni mucho menos teorético. El *estado de-yecto* (el ser lanzado a la existencia) en la muerte se le desemboza más original y más perentoriamente en el encontrarse en la angustia... No hay que confundir la angustia ante la muerte con el temor de dejar de vivir.¹²

No debemos echarnos atrás por lo aparentemente abstruso del lenguaje de Heidegger, difícil incluso para quien lo lee en alemán. Digamos, simplificando, que la angustia de esta muerte que no es un acontecimiento final de la vida, sino una presencia constante en ella, una inminencia,

nos pone ante la posibilidad de aceptar libremente la muerte, con lucidez, o de enmascararla sintiendo que la muerte les ocurre a los otros, pero no a mí, o que la muerte puede considerarse impersonalmente, como en la expresión “se vive”, “se muere”.

Cuando asumimos la muerte, no como un acontecimiento final de la vida, pues el que muere no experimenta su muerte, sino como un ingrediente de la vida toda, una sombra que siempre acompaña a la vida, siente una angustia metafísica, una “cura” en el sentido latino –el cuidado, la preocupación– que no es temor, sino extrañeza que me lleva en vilo cuando “veo” la muerte desde la vida, la vida desde la muerte, cuando me siento extraño entre dos extrañezas.

Podemos terminar ese punto mediante una fábula latina transcrita por Heidegger en *El ser y el tiempo*:

Una vez llegó Cura a un río y vio terrones de arcilla. Cavilando, cogió un trozo y empezó a modelarlo. Mientras piensa para sí qué había hecho, se acerca Júpiter. Cura le pide que infunda espíritu al modelado trozo de arcilla. Júpiter se lo concede con gusto. Pero al querer Cura poner su nombre a la obra, Júpiter se lo prohibió, diciendo que debía dársele el suyo. Mientras Cura y Júpiter litigaban sobre el nombre, se levantó la Tierra (Tellus) (de donde viene la palabra “telúrico”) y pidió que se le pusiera a la obra su nombre, puesto que era ella quien había dado para la misma un trozo de su cuerpo. Los litigantes escogieron por juez a Saturno. Y Saturno les dio la siguiente sentencia evidentemente justa: Tú, Júpiter, por haber puesto el espíritu, lo recibirás a su muerte; tú, Tierra, por haber ofrecido el cuerpo, recibirás el cuerpo. Pero por haber sido Cura quien primero dio forma a este ser, que mientras viva lo posea Cura. Y en cuanto al litigio sobre el nombre, que se llame *homo*, puesto que está hecho de *humus* (tierra).¹³

Sentimos curiosidad por las cosas. Tal palabra viene de “cura”, por disminución de la profundidad y de la intensidad. Por su ser entre la vida y la muerte, el ser humano no siente curiosidad: padece cura. Así, el origen del filosofar es la admiración, o la cura-angustia.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca de los editores

Ana Lucía Fonseca Ramírez es filósofa. Con una carrera profesional de más de treinta años como docente e investigadora en la Universidad de Costa Rica, fue asistente y amiga personal de Roberto Murillo, a quien le debe, en muy buena parte, su gusto y dedicación a la filosofía.

Alexander Jiménez Matarrita es filósofo e investigador de la Universidad de Costa Rica. Ha estudiado el pensamiento filosófico costarricense en relación con los imaginarios sociales, las identidades y los patrones de convivencia.

Corrección filológica: *Óscar Alvarado V. y Graciela Gutiérrez J.*
Revisión de pruebas: *Sherlyn Jiménez B. y Fabiola Benavides P.*
Diseño de contenido y portada: *Daniela Hernández C.* • Diagramación: *Raquel Fernández C.*
Ilustración en la página 3: "Doble retrato de Roberto Murillo", sin fecha.
Rapidógrafo sobre papel, *Ricardo Ulloa Garay.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Abril, 2025.

El propósito original de *Tres temas de filosofía* (1982) era ofrecer una introducción a la filosofía, pero luego se convirtió en un pequeño ensayo sobre tres temas: la filosofía, el conocimiento y la ciencia.

Por su parte, *La forma y la diferencia* (1987) trata temas aparentemente abstractos, al ritmo de las reflexiones diarias del autor: a veces diáfanas y asertivas, como caminando a la vera de un manso riachuelo; otras, profusas y trabajosas, como subiendo una empinada cuesta. ¿Y al final? Un lúcido esfuerzo por mostrar la convergencia del “círculo del retorno, la continuidad del espacio y la sabiduría erótica”.